

289



AÑO X.

HABANA, OCTUBRE 21 DE 1894

NÚM. 37

EL FIGARO

Periodico Literario y Artístico



TIPOS DE CUBA.—EL CARBONERO DE CAMPO

SUMARIO

Texto:—La familia en los Estados Unidos, por E. J. Varona.—Dios, poesía, por Esteban de Jesús Borrero.—Julían del Casal.—Sonrisas negras, soneto, por Julián del Casal.—Enriqueta Fáber, por Francisco Hermida.—Un libro nuevo, por Don Ramiro.—Domingo, por Miguel Melero.—Crónica por *Mestizajes*.—El teatro en Londres, por Gabriél Zéndegui.—Catskill Mountain.—AJEDREZ, por A. C. Vázquez.—Rima, por A. Murés.—CUENTOS PARA "EL FIGARO," traducidos por el Conde Kostia: El baile campesino, por Philippe Gouffant.—Actrices norteamericanas: Della Fox, por Francisco Chacón.—Lo que soy, poesía, por El Duque de Fitz.—GACETINES, por Monte-Carlo.—RETACOS.—ANUNCIOS.

NOVELA DE EL FIGARO: La aventura de Ladislao Bolski, por Víctor Cherbulez, traducida por Enrique José Varona.

Grabados:—Tipos de Cuba: El carbonero de campo, —Julían del Casal.—Domingo, por Taveira.—Srta. Josefina Herrera, por Levitype.—José A. Pulido.—Vista de los regalos de boda.—Srta. Mazarredo.—Della Fox, por Taveira.

PORTADA, por Amata.—Adornos y viñetas: dibujos de Cilla, Domingo y Henares, y fotografías de Laporta, Taveira, Manrique y Spencer.

La familia en los Estados Unidos



RES largos viajes por toda la Unión y dieciocho años de estudios laboriosos necesitó el profesor Bryce, para componer su gran obra acerca de la república norteamericana. Al darla á luz, confesaba que la mitad de las ideas con que había regresado á Inglaterra, después de su primer viaje, las había echado al viento cuando realizó el segundo; y que todavía algunas hubo de dejar sepultadas en el Atlántico, cuando por sexta vez lo atravesó para retornar á su patria. Otro hábil observador, que acaba de invertir algunos meses recorriendo los Estados Unidos, M. Paul Bourget, ha comenzado á publicar sus impresiones de viajero, y las anuncia declarando que no son meses, sino años, los que se necesitarían pasar allí, auxiliado de los conocimientos especiales del político, del economista, del ingeniero, del geólogo y del antropólogo, para tomar un molde exacto de esa enorme civilización, "pour lever un moulage exact de cette énorme civilisation."

No son tan escrupulosos, ó tienen más confianza en sus fuerzas de asimilación é interpretación, los muchos que, con solo pasar algunos días en Nueva York ó San Francisco, creen conocer al dedillo esa portentosa mezcla de pueblos, que no han podido contemplar ni á vista de pájaro, y se apresuran á revelar al mundo sus descubrimientos. A esta clase de exploradores de una América de pura fantasía se me figura que pertenece el autor de un estudio sobre la familia americana, publicado por el *Journal des Débats*. Su pintura ha conmovido á un apreciable colaborador de nuestro *Diario de la Familia*, el cual se espanta de pensar que puedan verse en semejante espejo la familia española y, sobre todo, la cubana.

Los que conocen de cerca esa sociedad y más aún los que han penetrado su espíritu, podrían tranquilizar al escritor del *Diario*; y empezaría por decirle que el autor francés no ha trazado un cuadro, sino hecho una caricatura. Es decir, que ha exagerado desmesuradamente algunos rasgos típicos, y ha roto, como consecuencia natural, las proporciones del conjunto. Lo que pasa es que ciertas fenómenos sociales, comunes á todo nuestro grupo de civilización, han adquirido tal relieve en el medio americano, que cuesta trabajo reconocerlos en esa escala tan considerablemente ampliada. Lo que algunos europeos llaman la invasión del americanismo, no es sino el desarrollo de gérmenes que flotan en la atmósfera moral de los pueblos occidentales.

La familia está en vías de transformarse. La antigua estaba basada en la sumisión. Era monárquica, más aún, autocrática. La manumisión del hijo llegaba, algo tarde, pero llegaba. La de la mujer no llegaba nunca. Aun viuda, estaba desarmada ante los hijos, como lo había estado ante el marido. Carecía de la patria potestad. Para la ley era nodriza, no madre. Para las costumbres era un objeto de lujo, de placer ó de trabajo; pero siempre algo radicalmente inferior y subordinado al hombre. La familia moderna quiere basarse en el amor, la estimación y el respeto. Anticipa y prepara—por eso puede anticiparla—la emancipación del hijo. Tiende á derribar las barreras artificiales entre el hijo y la hija, que presuponen la inferioridad social de la mujer. Reconoce plenamente la personalidad doméstica, civil y jurídica de la esposa. Trabaja por conquistarle su capacidad política.

Estos no son fenómenos exclusivamente americanos. Lo que hay es que en los Estados Unidos la evolución está más adelantada; porque la ha impulsado más rápidamente el espíritu de

independencia y estimación personal, que ha sido el gran factor de su historia. Por eso el americano ha concebido antes que los otros pueblos que el complemento del *selfmade man* es la *selfmade woman*. Ha dado á sus hijas las mismas facilidades para desarrollarse física y mentalmente, para adaptarse á las condiciones sociales y para bastarse á sí mismas, que á sus hijos. Y ha pensado cuerda y francamente, que, abriendo así á la mujer el campo de la actividad, franqueándola la vía de las diversas carreras, la salvaba de la dura necesidad de hacer del matrimonio una carrera. Así ha procurado cegar una de las fuentes profundas de la desmoralización de muchas brillantes sociedades europeas. Aunque existe aún en los Estados Unidos, no es un tipo americano el de la joven rica ó con apariencias de tal, que anda á caza de marido en los balnearios y en los salones, en la pista y en los teatros de buen tono. Es un tipo de esa sociedad cosmopóita que se forma de muy diversos sedimentos de razas y de clases, en los lugares consagrados por la moda para servir alternativamente de hospedaje transitorio á los ociosos y aburridos de ambos mundos. Precisamente para concluir con ese tipo, y sus derivaciones y transformaciones, educan los americanos á sus hijas de modo que puedan depender en primer término de sí mismas.

Aun sin ver de cerca las costumbres de la población genuinamente americana ó suficientemente americanizada, bastaría considerar que, á ser exacto lo que pinta el escritor del *Journal des Débats*, la familia se habría disuelto por completo en los Estados Unidos. Con el egoísmo absoluto por único resorte, no hay más recurso que el celibato universal y sus consecuencias. No quiero oponer afirmaciones á afirmaciones; porque al cabo tanto valdrían unas como otras. Pero tengo á la vista un documento de inestimable valor para el estudio de la sociedad americana, y que, glosado sencillamente, bastaría para invalidar las precipitadas conclusiones del autor francés. Para éste entre nuestros vecinos ni el marido se cuida de la mujer, ni los padres de los hijos, ni los hermanos de los hermanos. El gran periódico *The New-York Tribune* llevó á cabo, hace muy poco, una amplia información sobre el origen de las grandes fortunas americanas. La tengo delante. He tomado, como muestra, la parte que se refiere á la sola ciudad de Nueva York; y he encontrado que, de las mil ciento cincuenta y siete fortunas que excedían de un millón en el año 1892, cuatrocientas sesenta y tres eran heredadas. Más del cuarenta por ciento. Los testadores habían sido padres, esposos y esposas, hermanos y hermanas. No se olvide que allí no hay herederos forzosos.

Es verdad que en muchas de las notas que amplían la indicación de cada una, se lee: heredada de su padre Mr. X. y *considerablemente aumentada*. Esta acotación acompaña al mayor número; y basta para probar de qué sirve la educación de ese muchacho de Iowa, que tanto divirtió y sorprendió al viajero francés. Era rico é iba vestido confortable, pero no lujosamente. Había vendido periódicos subrepticamente, y su padre no se había indignado al enterarse de su pequeño comercio. Al contrario, había creído que conviene saber cuán duro es á veces ganar cinco miseros centavos. El mozo domaba caballos y viajaba á los trece años para abrirse el espíritu. De esta manera se forman, y así se forman, los hombres que, si heredan, aumentan, no dilapidan su fortuna.

Es por lo menos curioso que repugnen esa manera de hacer hombres los habitantes de un país donde la experiencia más dolorosa se ha condensado en este triste adagio: "Padre bodeguero, hijo caballero, nieto pordiosero."

Octubre, 1894.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

DIOS

Si el verde hermoso de los campos veo,
si el suave aroma de la flor aspiro,
si de la fuente los cristales miro,
y oigo del ave el plácido gorgceo;

si del espacio en lo infinito leo,
y de tanta luz bella estudio el giro,
su origen busco, su esplendor admiro,
y en contemplar la creación me empleo;

omnipotente Dios, el alma absorta
te ve grande, sublime, sin segundo,
y encuentra débil y mezquino al hombre;

la inmensidad de tantos cielos, corta,
y átomo leve y miserable el mundo
para llevar la cifra de tu nombre!

ESTEBAN DE JESÚS BORRERO.



Julián del Casal

Un año hace hoy que murió el soñador poeta, nuestro inolvidable y cariñoso amigo. El FIGARO no puede pasar por alto la triste fecha del aniversario de esta dolorísima separación, en que nuestras letras perdieron uno de sus más exquisitos cultivadores y nosotros un buen amigo. Porque Casal no era sólo un delicadísimo é inspirado lírico, sino un alma serena, extraña á los odios humanos, de la que pudiera decirse que era límpido y viselado espejo en que se reflejaban sus estrofas buriladas, tersas, aquellas estrofas en las que el dulce cantor buscaba su ideal más querido: lo impecable.

Con los primeros fríos del otro invierno, cuando todos veíamos en él al escritor, que, definiéndose, va tomando ya propia personalidad literaria, se fué aquel eterno enamorado de las tristezas inmensas y de la nostalgia de los dolores, y hoy revolotea en nuestras mentes como



un pájaro de hielo, el recuerdo del gran poeta, triste, frío, como todo lo que nos brinda la muerte; pero en nuestros pechos hallará calor, que tenemos siempre para el glorioso ausente latidos del corazón, como amigos, y entusiasmos sinceros, como admiradores.

SONRISAS NEGRAS

Perdió mi corazón el entusiasmo
al penetrar en la mundana liza,
cual la chispa al caer en la ceniza
pierde el calor en fugitivo espasmo.

Sumergido en estúpido marasmo
mi pensamiento atónito agoniza.
ó, al revivir, mis fuerzas paraliza,
mostrándome en la acción un vil sarcasmo.

Huérfana el alma mía de esperanza,
hacia el país glacial de la locura
va mi razón, perdida su aureola,

y sólo me sonríe en lontananza,
biéndome consuelo á mi amargura,
la boca del cañón de una pistola.

Abril de 1891.

JULIÁN DEL CASAL.

Enriqueta Fáber

LA popular novela cuyo título va por epígrafe, ha sido un éxito fabuloso para su autor, el conspicuo literato y queridísimo amigo nuestro D. Andrés Clemente Vázquez.

Pocos ejemplares quedan ya en las librerías; pero en cambio, difícilmente habrá dama elegante ni persona ilustrada que no haya saboreado con deleite, los sabrosos capítulos de esa obra primorosa. De los muchos y muy buenos juicios laudatorios que acerca de *Enriqueta Fáber*, ha publicado la prensa diaria, escogemos el delicado del hábil revistero Francisco Hermida, y á continuación lo reproducimos:

Una mujer, después de casarse con un hombre, enviuda y se casa con otra mujer. Tal marido hembra, y hombre para la sociedad, ha figurado, como médico, en el cuerpo sanitario militar de la isla de Cuba. Los tribunales de este país juzgaron y condenaron á esta rara criatura, la cual, después de purgar su rareza, se hizo hermana de la caridad y terminó sus días, muriendo heroicamente sobre la cubierta de un vapor que salía de Veracruz, en medio de una gran borrasca.

Esta es la historia de *Enriqueta Fáber*, narrada en prosa clara, pulida, conceptuosa y perfectamente sintáctica.

El autor de esa historia es el Sr. D. Andrés Clemente Vázquez, un psicólogo notable, un fisiólogo plausible y un concienzudo escritor; en suma: un analista.

Tal es el juicio que se desprende de la lectura de esta obra.

Yo envidio al autor de ese valioso libro, esa su nueva publicación: verdadera serie de observaciones, conjunto de enseñanzas y de amenidades.

Desde las primeras páginas siéntese la voluntad subyugada por el interés del asunto y la fácil galanura del estilo, con sus períodos llenos de números, que diría un retórico. Adviértese sin gran esfuerzo de observación en la prosa, del Sr. Vázquez, al gramático y al hombre docto, sin asomo alguno de pedantería. Yo siento un gran respeto por los escritores que, como el autor de *Enriqueta Fáber*, usan la pluma para conmover y enseñar: verdaderos artífices de la idea, sabiamente modelada en la escayola del lenguaje; puristas admirables que yo envidio, porque cuando leo lo que escriben, tristemente advierto que yo no sé escribir. Escribir es ciencia y arte: sabiduría, reglas é inspiración, cosas son estas que no acompañan todas á la juventud, cuando no ha sido tocada por la divina gracia del genio.

Así reflexionaba yo después de haber leído el libro del señor Vázquez y de esta reflexión pasé á la siguiente: todo el que escribe, ¿puede escribir un libro? y todo el que escribe de todo, ¿puede criticar un libro? En Cuba, sí. Aquí los ignorantes somos muchos; unos tratan de dejar de serlo, estudiando con ó sin método; pero otros han decidido engañarse á sí mismos, para lo cual hablan de todo con la tranquilidad de conciencia, propia de los que han estudiado mucho y mucho conocen aquella materia sobre la cual escriben.

Así, pues, yo que no sé todo cuanto creo se debe saber para criticar libros, me limito á decir: *Enriqueta Fáber*, del señor Vázquez, me parece un libro bien pensado y bien escrito."

Octubre de 1894.

FRANCISCO HERMIDA.

Album * femenino

Hé aquí una belleza que justifica, con la sola contemplación de su retrato, el triunfo que acaba de obtener.

La Srta. de Mazarredo es el segundo premio del "Certamen de Belleza" iniciado y llevado á feliz término por *Los Lunes*, el selecto periódico de Cienfuegos.

El escrutinio definitivo ha arrojado 2.431 votos en favor de esta señorita.

Sin conocerla, se la aclama. La delicada expresión de su rostro, terso como la hoja de una azucena, y el poema de dulce melancolía que parece vivir en el fondo de esas miradas, tienen un encanto singular, peculiarísimo, que permite, desde el primer instante, ratificar la justicia del triunfo alcanzado por la señorita de Mazarredo, explicando, al propio tiempo, las altas simpatías de que disfruta la linda *mademoiselle* en la sociedad distinguida de Cienfuegos.

Yo la saludo y depongo á sus pies mis homenajes.

ENRIQUE FONTANILLS.



SRITA. CLARA A. DE MAZARREDO

* Un * libro * nuevo *

MUNQUE soy hombre que me largo al colete de la cruz á la fecha, con pasmosa tranquilidad, y hasta con fruición y deleite, mamotretos ó libretos de esos que nadie lee, como no sea por precisa obligación, también digo que los hay, y de los más celebrados y populares, en cuya lectura nunca pude pasar de las primeras páginas. Y confesaré ingenuamente que del que hace ya tiempo venía anunciándose de mi amigo Francisco Varona Murias y que acaba de publicar éste con el título de *Mis duelos*, pensaba que sería del número de los últimos, tanto por su asunto como por la manera en que presumía yo que había de tratarlo y desarrollarlo.

No era á humo de pajas esa sospecha, considerando el escaso interés que ha de tener una relación de duelos al estilo moderno. Porque entre aventuras amorosas y desafíos como esos que tan popular han hecho al fabuloso Don Juan Tenorio (personaje, que á lo que cuentan tuvo encarnación real en mi paisano D. Juan de Mañara) y las que á Artagnan y consortes y al arrogante y pendenciero Bussy d'Ambroise atribuye el ingeniosísimo Alejandro Dumas, el Viejo, en sus inmortales creaciones y los interminables dimes y diretes, idas y venidas, conferencias y más conferencias, cartas y más cartas, actas y explicaciones que sirven de introducción y de epílogo á los *lances de honor* que hoy se estilan, media tan gran diferencia como entre las gramallas y briales de raso y oro, coletes de ámbar, calzas acuchilladas, mangas perdidas, herreruelos forrados de armiño y tocas con plumas y joyeles de las edades pasadas y los antiestéticos pantalones, gabanes y bombas de nuestros prosaicos días.

Aquellas aventuras recrean el ánimo, lo mueven á altos pensamientos, estimulan el arrojo, el amor á la gloria y otras nobles pasiones del corazón humano; pero ni aun la fantástica imaginación de un Ponson du Terrail es bastante á prestar interés á los reglamentados y glaciales lances de nuestro tiempo, en cuyo proceso y desarrollo parece latir ese mismo espíritu administrativo, espeditesco y asimilista que informa nuestras instituciones y que mata en el individuo toda libertad y toda iniciativa.

Encuentro, en la calle á la escasa luz de un farolillo que alumbra una imagen piadosa ó á la refulgente de las antorchas entre bandos como los famosos de Salamanca ó los no menos famosos de los duques de Medina Sidonia y de Arcos que tantas veces ensangrentaron en el siglo XV las calles de Sevilla, tienen para mí no se qué de simpático en su misma fiera é indisciplinada que me atrae y enamora mientras que los desafíos concertados con veinte ó cuarenta horas de anticipación, á tantos ó cuantos pasos y con tales ó cuales armas ora para arreglar futilidades que debieran haberse resuelto á estocadas ó garrotazos en el mismo lugar en que sucedieron ora (y esta es la más negra), para deshacer tuertos que no los endereza ni el mismísimo Licurgo y cuyo desagravio hubieran encomendado nuestros abuelos á la buida hoja de un estilete florentino, me han parecido siempre tan absurdos como ridículos. Aquellas luchas sin más causas ni motivos que las justificaran que el juvenil ardor de los contendientes y las belicosas costumbres del tiempo las comparo con el espumoso champaña ó la alegre manzanilla; los duelos de ogaño con el negro peleón ó la pesada agua Apollinaris.

Con tales antecedentes, sobre mi modo de pensar en la materia, á nadie sorprenderá que me esperara muy poco del libro de Varona Murias. Figúramele negocio de ochavos y nada más. Contará su autor con que lo comprenden—pensaba yo—los muchos amigos que tiene y que no lo sean tanto que se crea obligado á regalárselo, los aficionados (que aquí no faltan) al arte de la esgrima y esos otros (que también abundan) que llevan el alta y baja de los chichones y chirlos que se propinan unos á otros nuestros duelitas en la playa del Chivo y demás parajes que vienen á ser para la Habana lo que fueron para el París de los Valois el Prado de los Clérigos y para el Madrid de los Austrias el Prado de San Jerónimo. Me he llevado, con gran satisfacción mía pues no soy envidioso, un soberano chasco al encontrarme en *Mis duelos* con una verdadera joya literaria, con un primor de libro que una vez comenzado no hay modo de dejarlo de las manos hasta habérselo leído todo él sin perdonar una línea. Alejandro Dumas, el Viejo, el de *Los tres mosqueteros* y *El conde de Montecristo*, alardeaba de no haber escrito un solo renglón pesado ó fastidioso en su vida. Esto á los ojos del que sepa siquiera lo que es escribir, constituye uno de los más gloriosos timbres que puede ostentar el hombre de letras, por ser condición la dicha difícilísima de alcanzar, muy importante en toda obra trate de lo que se quiera y la primera de todas las que han de poseer esas que tengan por objeto entretener al lector y no instruirlo. A haberla llenado, más que á otra cosa, deben su fama los príncipes de las letras.

Esa condición la tiene á carta cabal el libro de que estoy tratando, siendo ello de tanto más mérito cuanto que se había impuesto el autor la traba, no floja, del mismo asunto que adoptó por tema, cuya aridez salta á la vista. Porque referir quince ó veinte duelos ó conatos de tales—no he tenido la curiosidad de contarlos—parecidos unos á otros y acompañados de circunstancias y pormenores de escasisimo interés y hacer de eso un libro que no sólo se lea sino que se lea con agrado es problema peliagudo. Y todavía he de señalar como muy digno de tenerse en cuenta, por ser obstáculo casi insuperable para hacer amena y agradable una narración, la circunstancia, que en nuestro libro se observa, de no figurar mujeres en el relato como no sea muy de pasada y sin que jueguen en él papel alguno. Es axiomático en literatura que sin mujeres de por medio no hay drama, ni epopeya, ni comedia, ni novela posibles; resultan muy desabridas y sin gracia. Es precisamente el principal ó uno de los principales defectos que se le ponen á la célebre *Araucana* de nuestro Alonso de Ercilla.

Varona ha sabido con sin igual habilidad orillar esos escollos. Las primeras cien páginas del libro en que expone el autor sus particulares ideas sobre el duelo y las maneras de practicarlo, intercaladas con anécdotas y ocurrencias en que tomó parte más ó menos directa ó que llegaron á su noticia, valen cualquier cosa. Salidas tiene en esas páginas que hacen desternillarse de risa al más grave no tanto por las cosas que refiere como por la manera de referirlas.

El autor se manifiesta contrario al duelo y alega varias razones en pró de su opinión. Pudo excusarlas porque es de clavo pasado que ni el duelo sirve para resolver nada ni para rescatar honras perdidas ni para hacer bueno á quien no lo sea; pero hay que congratularse, con todo, de que se haya propuesto esa tesis, pues que ella le ha dado ocasión para escribir algunas de las mejores páginas de su libro.

Que el duelo, tal como se practica, nada resuelve ni arregla es tan evidente que cuanto se alegue en demostración de ello es ocioso. No falta sin

embargo quien diga—y nuestro autor es uno de ellos—que la institución del duelo (si tal nombre puede dársele) tiene por objeto el suplir deficiencias del código, y que desaparecería cuando se consignaran en él castigos severos contra la calumnia, la maledicencia y otros delitos que trata con sobradas lenidad y benevolencia ó de que hace en lo absoluto caso omiso. Sería esto muy exacto si los duelos tuvieran por causa delitos de ese género, pero no es así. Ríñese muchas veces, y estoy por decir que casi siempre, por motivos que no es posible que hallen cabida en los códigos. Porque contra la descortesía, los celos y otros hechos por el estilo que tan frecuentemente enemisten entre sí á los hombres ¿de qué valen los códigos? Pudiera objetarse que de nada sirve tampoco para esos casos el duelo, y conveniría en ello y aun agregaría que por eso no estoy por los tales duelos. Mejor me parecería en cuestiones de ese linaje que en esas otras que llaman graves ó arreglarlas en el acto á cintarazos en el terreno como antaño se hacía, ó siguiendo también las antiguas costumbres, declararse la guerra los contrincantes y embestirse cuantas veces se encuentren y donde quiera que sea ellos y sus criados y amigos. No se haría en esto sino imitar á las naciones en sus guerras que, después de todo, tan absurdas son como el duelo, aunque le llevan la ventaja de no buscarse en ellas una igualdad que siempre ha de resultar al fin y al cabo ilusoria y que es, después de todo, el más bárbaro de los caracteres especiales del duelo moderno.

Sorprenderá quizás este aserto á los muchos que creen encontrar en la igualdad absoluta de armas y demás condiciones entre los combatientes la principal diferencia entre el duelo y la riña vulgar ó el asesinato, pero si se considera que el duelo moderno no se deriva solo de los combates jurídicos ó juicios de Dios como algunos creen sino que también de las guerras privadas, que eran en pequeño lo que en grande las públicas, habrá que convenir en que de esos dos orígenes es el último el que menos recuerda la superstición y la barbarie. Guerras, en efecto, siempre las hubo, como está en la naturaleza que las haya, pero la idea de la intervención directa de la Providencia en los combates y de la necesidad, para que esa intervención se manifieste en favor de la justicia, de que se establezca igualdad entre los combatientes, solo puede hallar cabida en los entendimientos más rudos y bárbaros.

Sea como quiera, no siendo conocido el duelo de los más de los pueblos (pues los de raza europea formamos una mínima parte de la humanidad), no siéndolo tampoco de las clases populares de las mismas naciones de Europa y habiéndose pasado sin él los antiguos griegos y romanos que fueron, según fama, los pueblos más belicosos del mundo, hay que reconocer que no es en manera alguna indispensable.

En cuanto á que sirva ó no el duelo para acreditar el valor personal habría muchísimo que decir. Empezando porque el valor es, como todas las cualidades del alma, de condición obscura y complejísima. Pocos asuntos se prestan más al sofisma que estos que por tocar á la esencia del espíritu se llaman psicológicos. Hasta pudiera asentarse que buscándose en la defensa la conservación de la vida y siendo el valor la facultad que nos mueve á despreocuparla, obra más como valiente el que se deja maltratar ó matar sin hacer resistencia que el que procura defenderse. Dicen otros que no es tan meritoria la condición de no tener miedo como la de dominarlo. A lo cual se me ocurre que siendo en todo caso tan deudores á la naturaleza de la cualidad del valor como de la fuerza de voluntad para fingirlo, no puede haber ni más ni menos mérito en lo uno que en lo otro, como no lo hay tampoco en tener talento, carecer de él ó parecer como si se tuviera á fuerza de estudios y desvelos. ¿Qué mérito puede haber en haber nacido hombre y no bestia? ¿qué vituperio merece la fiebre por no haber nacido león?

Lo que de más cierto veo yo en esto del valor, es que no es esta cualidad sino una manifestación de la confianza en las propias fuerzas ó en lo que pueda suplirlas. Los animales que tienen garras, presas y fuertes musculaturas son los únicos que hizo valientes la naturaleza y aun éstos si se persuaden de que no pueden vencer en el combate lo rehuyen. Los ejércitos cuando se ven cortados ó envueltos suelen ser presa del pánico no más que por la idea que cunde en sus filas de no haber escape posible. Un hombre, por valiente que sea, á menos de no haber perdido el juicio, no aceptará desarmado la lucha con una fiera ni se arrojará al agua en la completa seguridad de ahogarse. El valor, si se entiende por tal el desprecio de la vida, solo los suicidas lo poseen. Y al decir yo que el valor no viene á ser sino la confianza en las propias fuerzas no hago sino repetir lo que implícitamente han dicho todos los idiomas al confundir las palabras expresivas de ambas facultades. Así que en castellano valor y valiente se interpretaron en lo antiguo por fortaleza y fuerte. Por eso en la historia de Mariana recuerdo haber leído, no recuerdo en qué pasaje y á cuento de qué hablando de un objeto pesado—tampoco recuerdo cual—que no podrían levantarlo del suelo no sé cuantos hombres de los más valientes.

Otra prueba de no ser más el valor que la confianza en sí se tiene en la pasmosa semejanza entre los síntomas del miedo á perder la vida y de ese otro miedo que experimentan muchas personas cuando se ven en el caso de perorar ante un concurso numeroso ó de verificar cualquier otro acto en que se sienten observados por muchos. El que por sobrada modestia ó escasez de facultades tema hacer un papel desairado estará medroso y cohibido ó á veces poco menos que exánime como se cuenta haber sucedido á hombres muy notables; pero el que persuadido de sus propios méritos ó por excesiva é infundada presunción se crea seguro de éxito permanecerá impávido. Exactamente lo mismo sucede en aquellos casos—y los duelos entre ellos—en que haya que arriesgar la vida; pudiéndose por lo tanto atribuir el valor que á veces despliegan en tales lances personas que por su falta de pericia en las armas debieran hallarse amilanadas, á la creencia en que estén allá en sus adentros, de que su agilidad y vigor ó su buena estrella habrán de sacarlos airoso del paso, á falta de modestia en suma.

No me he propuesto hacer un juicio crítico de la obra de Varona Murias, sino dar á conocer mis primeras impresiones sobre ella y no más; así que dejaré á otro la tarea de señalar los galicismos que contiene, que no son pocos, y otras máculas en la dicción que en ella se observan; que esos defectos y más que pueda tener le perdono yo en gracia del indudable mérito que posee de leerse con gusto desde el principio hasta el fin. Es la mejor recomendación que de una obra literaria puede hacerse.

DON RAMIRO.

(1) MIS DUELOS, por Francisco Varona Murias.—Un volumen en octavo, de 252 páginas.—Imprenta "La Moderna," Habana, 1894.



DOMINGO



RAZAR la biografía de un hombre ilustre no es cosa fácil si no se tienen datos auténticos para seguir, desde la cuna al apogeo de la gloria, á aquel á quien el prestigio y la celebridad han significado como una figura famosa, y para no incurrir en las exageraciones propias de nuestra raza, preferible es descartar cuanto pudiera envolver conceptos equivocados, hijos, tal vez, del modo de ver peculiar de ciertos temperamentos, con los que nunca estaré de acuerdo. Esto sentado, la primera duda que me asalta es si acertaré ó no á consignar la verdad, tal como la veo, conciliando mi admiración y respeto con el juicio honrado que me merece el notable artista cuyo retrato engalana hoy las páginas de esta publicación.

D. Francisco Domingo nació en Valencia, jardín de España —como la ha llamado un poeta ilustre— tierra de hermosas mujeres, de perfumadas huertas y de explayente luz. Nada sé de su infancia, ni de la fecha de su nacimiento; lo que sí puedo contar, por haberme dicho personas que le han conocido y tratado cuando era joven, es que vino al mundo pintor y que desde muy temprana edad manejaba la brocha, ganándose la subsistencia con la pintura industrial, oficio en que desarrolló de tal modo sus facultades, que su temperamento privilegiado parecióle una verdadera revelación. La consecuencia de estos antecedentes fué que se dedicara á la pintura artística, comenzando por el principio, esto es, por aprender dibujo, primero en privado, y luego en la famosa escuela de Valencia, creada allá por los años de 1550 á 52, y en la cual las rígidas doctrinas de Juan de Juanes produjeron maestros tan distinguidos como Rivalta. Domingo hizo en ella sus principales estudios sobre los diversos ramos que constituyen la parte técnica del arte, y cuanto era compatible con el estado de ese plantel. Desde esa fecha el ilustre valenciano se manifestó un excelente colorista.

Como resulta siempre que un joven se destaca entre sus compañeros, Domingo se conquistó admiradores y envidiosos, la provincia concluyó por resultarle estrecha, y trasladóse á Madrid, al fin, aunque con algún trabajo. En la villa y corte tenía campo más vasto para sus aspiraciones; la academia de San Fernando acogióle gustosa, y el maestro á quien tanto debe la actual generación de artistas españoles, D. Federico Madrazo—que entonces la dirigía—le demostró predilección. En esa escuela adquirió Domingo más sólidos conocimientos y ensanchó su horizonte. El museo del Prado, con su Velázquez, Murillo, Tiziano, Veroneso, Rubens, Rembrandt y Vandick, despertaron en él, con mayor vivacidad y noble empeño, el estudio de los secretos de ejecución, los cuales sólo son comprendidos por aquellos que, como Domingo, nacen con un ojo cromático y tienen una pasmosa práctica en el manejo del color.

Pensionado en Roma, siguió los senderos trazados por el sentido artístico moderno y con su constancia y superiores facultades, bien pronto se hizo un pintor de fama. Al finalizar sus estudios, como es costumbre entre los pensionados, pintó un cuadro original, de grandes proporciones, que representaba el último día de Sagunto. Esta obra es la nota de color más linda y armoniosa que ha producido el arte español en Roma. Con ella demostró Domingo que era digno de sentarse en el conclave de los más distinguidos artistas peninsulares. Rosales, Fortuny, Pradilla, Palmaroly, Villegas, Ferrant, Casado, Madrazo y otros más de reputación y nombradía, le aclamaron colorista de extraordinarias facultades, y desde entonces ha quedado fuertemente unido a los maestros citados, formando con ellos, y todos juntos, la gloriosa falange que inmortalizará el arte moderno en la moderna España.

En la exposición de pinturas de Madrid, del año 1871, llamó de un modo extraordinario la atención, un cuadro al óleo que representaba á Santa Clara, orando de rodillas en un reclinatorio, y esta obra, una de las más elogiadas de Domingo, fué premiada con medalla de oro. La magia del claro-oscuro, el encanto y verdad del color, el modelado magistral, la pincelada larga y suelta, la estructura de la cabeza y expresión severa del rostro de aquella santa, que aparece envuelta en dulce melancolía y bañada por una luz cálida, destacándose de un modo admirable, encuadrada en el lienzo blanco de la toca, que le sirve como de fondo, con las dos manos plegadas sobre un libro usado, las ropas de un oscuro de tonos grises á lo Zurbarán... todo contribuye á componer de esta obra el cuadro más hermoso de color que ha podido producir el mágico pincel del Rembrandt valenciano. Para pintar la Santa Clara, no encontraba Domingo modelo apropiado á su asunto, entre los que viven de esa especulación, cobrando á tanto la hora; desesperado el artista, resolvióse á buscar en los alrededores de Madrid, alguna mujer que fuese el fiel trasunto del ideal que él se había forjado; ¿cuál no sería su sorpresa al hallar en un miserable tugurio la viva imagen de la sublime gacela que pensaba trazar en el lienzo. Correr hacia ella, interesarla, ofreciéndole dinero con que comprar algunos mendrugos á sus hambrientos y andrajosos chiquillos, todo fué uno. Esa pobre mujer, en cuyo rostro se revelaban los terribles sufrimientos y en cuyos ojos se leía la nostalgia de un alma atribulada, húmedos todavía por las abundantes lágrimas derramadas quizás por la más negra de las ingratiitudes de un marido miserable que se gasta en la taberna, en ajenjo, lo que debía invertir en alimentar á su buena esposa y tiernos chichuelos... esa pobre mujer aceptó las ofertas del artista, y éste

pudo realizar su obra famosa. A partir de esa época, Domingo no cesó de producir lienzos buenos, y su nombre es desde entonces pronunciado con admiración, que se le tributa como al más hábil de los coloristas españoles. Pero reservado le estaba á Domingo, en la lucha por la vida, despertar simpatizadores y envidiosos más temibles que los de tiempos atrás, que llegaron hasta producirle algunas tribulaciones y disgustos, por lo cual resolvió trasladarse á París.

En la hermosa ciudad del Sena, metrópoli del arte, fijó su residencia definitiva, y allí vive en una encantadora quinta, rodeada de jardines, al calor de una vida de familia, al lado de su bella esposa. Cuidando de su familia, atendiendo á sus flores y pintando sus valiosos lienzos, lleva Domingo una vida serena y agradable, alejado del bullicio parisién. En los ratos de ocio, juega al billar—y es fama que lo hace de manera sorprendente—ó se divierte con un burrito que ha criado y que tan domesticado lo tiene, que toma café en plato, después de las comidas.

Los *amateurs* de París, Londres y los Estados Unidos de América, compran las producciones del autor de *Santa Clara*, pagándole elevados precios por sus maravillosos cuadros, casi todos de pequeñas dimensiones. Los cuadros de Domingo son como esos diamantes tallados por hábil lapidario, que aumentan el valor de la piedra por la pureza y refinamiento que le imprime el paciente y magistral obrero, que ha sabido acabar con la mayor perfección de las líneas, las facetas prismáticas donde se descompone la luz. Prueba de lo dicho es el lienzo que presenta un grupo de jugadores, cuyas actitudes semejan momentos naturales y característicos de las gentes de garitos, los que, observados por Domingo, han sido trasladados al lienzo con precisión foto-

gráfica, pues tal parecen escenas vistas al través de un lente que las agranda en nuestra retina. Estas obras son el producto de la más ingeniosa factura á que han podido llegar los más consumados maestros de la escuela holandesa y los más hábiles de la escuela contemporánea. La riqueza de colores, el toquesito luminoso, la mancha transparente de los tonos fríos unas veces, y otras cálidos, pero armoniosos siempre forman la más encantadora escena donde las gradaciones del claro-oscuro y vivacidad del tinte, contrastan con las brutales fisonomías de sempiternos borrachos.

En los cuadros de Domingo, como en casi todos los de ese género, no deben buscarse los pensamientos elevados ni la cultura de espíritu de los grandes maestros que cultivan el arte en sus más bellas y elevadas manifestaciones.

La escuela colorista, propiamente llamada así por los neuróticos del color, da mayor importancia al cuadro que representa un borracho tendido en una calle, siempre que la imitación del tinte explique hasta la clase de vino con que se ha embriagado, y lo admiran más, que no á las bellas creaciones de la Grecia ó á los eternos modelos del Renacimiento.

Como artista de extraordinarias facultades, la critica ha juzgado á Domingo con más ó menos severidad, según los críticos. Entre ellos, el famoso Alberto Wolff, en *Le Figaro*, de París, dice: «Domingo se ha propuesto imitar á los pintores holandeses Wan-Ostade, Teniers y otros, particularmente á Rembrandt.» En esta apreciación estoy de acuerdo con el malogrado Wolff. Otro crítico, cuyo nombre no recuerdo, reprocha á Domingo y le censura fuertemente, porque teniendo talento para producir obras de mayores conceptos, se contenta con hacer la pintura pequeña: porque tratando de imitar á Messonier,

permanece siempre á gran distancia de éste. Quizás la crítica no tenga razón al censurarle por su amor á la pintura de dimensiones chicas culpele á la época y no á los artistas, en tanto que se trate de esta manera de ver el arte. No todos los artistas son del temperamento de Rosales, que siguiendo sus nobles instintos, dedicó su talento poco común á la pintura histórica, de grandes proporciones. Cuantos le conocimos, lamentamos verdaderamente que muriese consumido por la tisis, delante de su hermosa tela *La muerte de Lucrecia*, sin encontrar comprador que adquiriese esa magistral obra, ni aun por la cuarta parte de su valor, mientras el artista y su familia carecían quizás de lo más necesario para la vida. Domingo, como Fortuny, Villegas, Zamaeós y otros muy notabilísimos, artistas hicieron y hacen la pintura que hoy paga el mundo elegante, la burguesía del dinero y de la banca. Los grandes monumentos consagrados al catolicismo, donde se ostentan gloriosos los nombres de Miguel Angel, Rafael de Urbino, Ticiano, el Tintoretto y Pablo Veroneso, así como los palacios de los Médicis, príncipes de épocas pasadas, hoy se admiran como eternos modelos; pero modelos que las generaciones presentes no tratan de imitar. Los León X y Cosme de Médicis están sustituidos por los Rotchildts y Vanderbills, los palacios á la moderna con sus salones pequeños, pero confortables, hacen la vida más encantadora si se quiere, con mayor refinamiento y de exquisito gusto, pero empequeñecida, como los pensamientos que enjendra.

Los artistas hacen lo que mejor paga el mercado, y como el mercado de producciones es el que priva, á él se dedican.



Crónica



SRA. JOSEFINA HERRERA DE PULIDO

Ah! yo no estuve cerca para oír el sí definitivo emitido por la novia. Era una sílaba, pero hubiera tenido la suerte de haber oído alguna vez hablar a un ángel. Mas si no pude escuchar la sacramental frase, emblema de todo un poema de felicidad, cábeme lo fortuna de haber visto a la fascinadora, novia, cuando atravesaba, despedida por besos y bendiciones, a lo largo de la doble fila de concurrentes.

No se recuerda en la Habana manifestación de más vibrante y unánime simpatía en favor de ser alguno. Todos se incorporaban para verla pasar, porque el sentimiento de admiración transportaba a todos y a cada uno de los presentes a la inefable idea de que se había contemplado por un momento el paso de la felicidad sobre la tierra.

Josefina Herrera, la novia más linda que ha recibido de nuestras iglesias la bendición de su amor, aparecía ante todas las miradas—en aquel desfile que ojalá no hubiera durado minutos tan fugaces—como la evocación del ideal supremo de la belleza femenina.

Con el velo tendido hacia atrás en ondulantes pliegues, prendido aquel entre los blondos rizos de la undosa cabellera, de suerte que el rostro quedase descubierto, semejaba un astro espléndido acompañado de nubes aurales; nubes vaporosas de esas que invitan a pensar en castas visiones y a sentirse arrullado por los arpegios de melodías celestiales.

El novio, el afortunado primogénito del Sr. marqués de Dávalos, revelaba en su semblante la historia de la felicidad que había alcanzado. Si en el marco del hogar que se abría desde esa hora inolvidable, la novia trazaba un lema con su incomparable belleza, su leyendaria aristocracia y sus grandes virtudes, el novio podría escribir otro lema dictado por su remarcable distinción, su caballerosidad enaltecedora y sus honrosos valimientos.

Un séquito brillante seguía a la dichosa pareja. Lo formaban señoritas y jóvenes de nuestra sociedad más distinguida; pléyade hermosa que atestiguaba las primeras sonrisas de esa aurora del alma que se traduce, en un lenguaje poético ya bastante decantado, por luna de miel.

—¿Sus nombres?—Están escritos en el libro de oro de la belleza y la distinción: Elena Herrera, María Du-Quesne, Lizzie Kohly, Mercedes Montalvo, Sofía Ferrán, Loló Valdés Fauly, Consuelo de Cárdenas, Enriqueta Valdés Fauly, María Morales y María Carrillo. En la diestra de todas, un bouquet de jazmines, nardos y mariposas; flores que revivían al contacto de rostros tan adorables que, como nuevos soles, derramaban los rayos de sus sonrisas sobre la blancura de los pétalos.

A las damas de honor acompañaban los caballeros siguientes, jóvenes todos de nuestro gran mundo: José Antonio Pulido, Marcos Carbajal, Lúcio Soto Navarro, Pancho Arango, Gonzalo Herrera, Miguel Valdés Montalvo, Ignacio Weber, Ramón Mendoza, Pelayo Fabián y Pedro Pablo Guilló.

Padrinos—De manos: la Sra. condesa de la Fernandina, né Serafina Montalvo de Herrera y el Sr. D. Mameito Pulido, marqués de Dávalos. De velaciones: la Sra. viuda de Ferrán y el Sr. D. José María Herrera, conde de la Fernandina.

Testigos.—Sres. marqués de Balboa y Pinar del Río y D. Antonio González de Mendoza. ¿Qué me resta por contar de la regia fiesta? Cronista deseoso de cumplir con las exigencias del periodismo moderno, atiendo más a la información que a la galanura. Más que todas las frases que hayan podido surgir de la pobreza de mi fantasía, abrigo la convicción de que la solemnidad de la boda. Fernandina quedaría plenamente justificada con sólo la relación de los nombres de la concurrencia; nomb es que he ido apuntando en medio de aquel bullicioso enjambre que se albergaba en la fecha memorable del 18 de octubre, bajo las artísticas bóvedas del templo de la Merced.

Señoras: Dolores Martínez Viñale de Calleja, Concepción O'Farrill de Santos Guzmán, marquesa Du'Quesne, María Gaytán de Ariosa, Teresa Villa de Rabell, marquesa de la Real Proclamación, Amalia Conill de Pérez de la Riva, María Luisa Corujedo de Romero, Teresa Giralte de Demestre, marquesa de la Real Campaña, Pilar Cantera de Dominici, Rosario Molina de Murias, condesa de la Mortera, Susana Benítez de Cárdenas, María Ojea de Santos Guzmán, marquesa de Balboa, Rosario Armenteros de Herrera, Dolores Valcárcel de Echarte, María de Cárdenas de Zaldo, marquesa de O'Reilly, Isabel García de Delgado, María González de Arcilla, Serafina Montalvo de Mendoza, Serafina Gálvez de Sarachaga, Dolores Ramírez viuda de Jorrín, Matilde Echarte de Sanguily, Crawford de Goudie, Virginia Ojea de Ferrán, Dolores García de Carrillo, Francisca Marty de Hernández Miyares, Porto de Guilló, Sofía Cantero viuda de Valdés Acosta, Dolores Morales de Del Valle, Concepción Montalvo viuda de Lombillo, María Francisca O'Reilly de Cámara, marquesa de Pinar del Río, Aurora Ruiz de Corujedo, Célida Del Monte de Del Monte, Concepción Cantera de Göbel, Enriqueta Echarte de Farrés, Mercedes Marty de Baguer, Isabel Scull de Mendoza, Eladia Fabián de Jorrín, Gloria Perdomo de Morales, Elisa Rivas de Zúñiga, Adriana Armand de Lavín, Chappotin viuda de Valdés Fauly, Scull de Catalá, Carolina Romero de Mazorra, Porto de Mariño, Vanderwarter viuda de Solberg, Amparo Sánchez de Cervantes, Mercedes Hamel de Hamel, Jorge Carvajal de Pinillos, Angela O'Farrill de Reina, Cadaval de Alfonso, Torriente de Ximeno, condesa de Romero y Escardó de Freyre.

Señoritas: Nena Ariosa, María Antonia Calvo, María Isabel Mendoza, Leonor Pérez de la Riva, María Murias, Nena Arcilla, Hortensia Delgado, María Göbel, Esperanza y Nina Cantero, María y Angeles Adam, María Fabián, Angelita Guilló, María Martín, Julia Torriente, Paulina Güell, Blanca Altonso, Herminia Del Monte, Conchita Porto, Mercedes Montalvo y Cárdenas, Mirta Martínez Ibor, Elsie y Lilie Goudie, Gertrudis y María Freyre, Mercedes Cadaval, Mercedes Romero, Susana de Cárdenas, María Carrillo y Benítez, Guadalupe Montalvo, Elena Hamel, María y Asunción Xenes, Loló Valdés Fauly, señoritas de Weber, Telé Mariño, María Luisa Chattrand, Georgina y Adriana Serpa, Paulina y Josefina Gálvez, Mercedes, Lola y Nena Soto Navarro, Amelia Solberg, María Loño y Margot y Trini Curbelo.

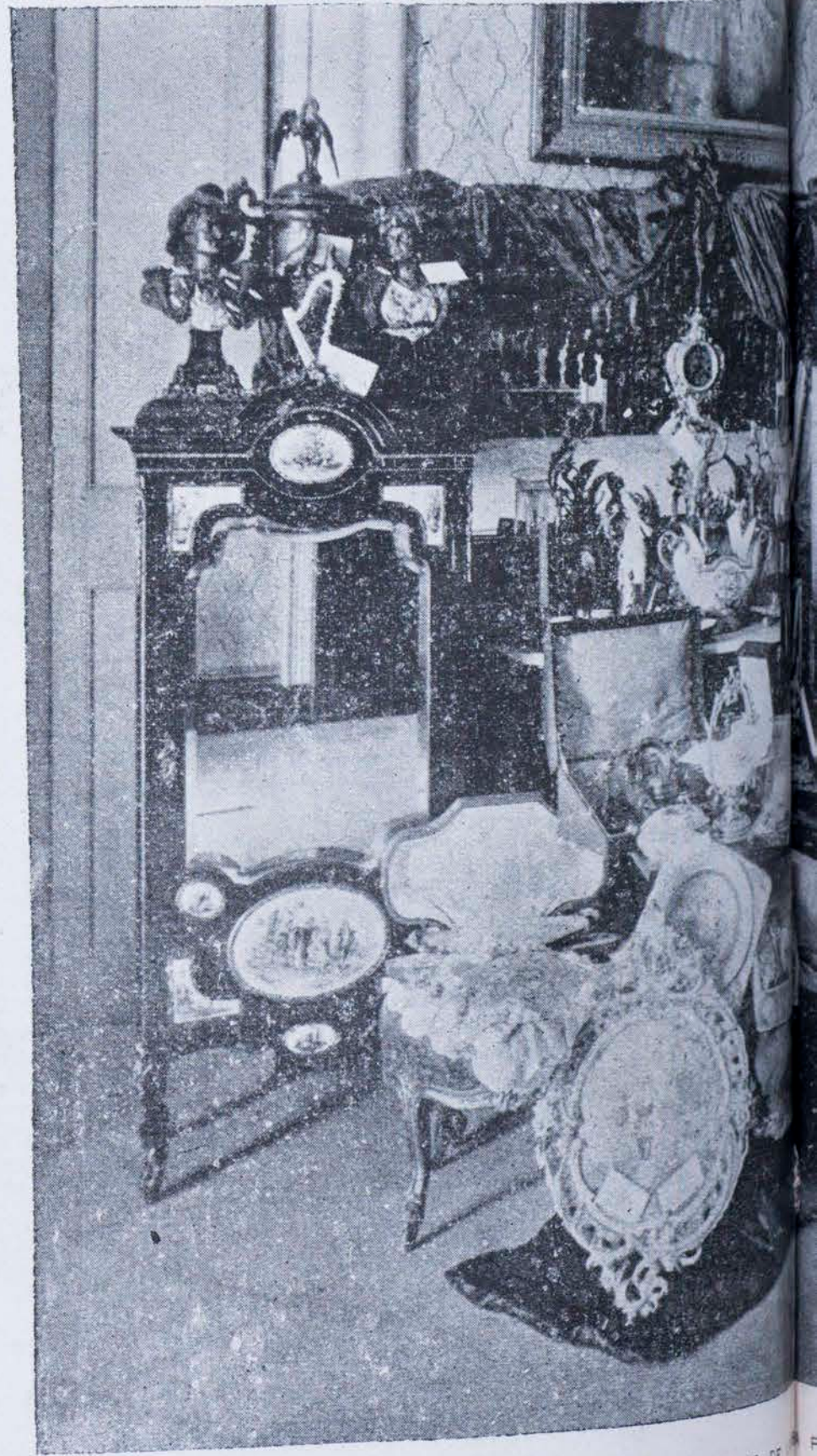
Credme: con haber asistido a la regia ceremonia del matrimonio de la señorita Josefina Herrera y Montalvo con el Sr. Carlos Pulido y Ferrán, me parece haber depositado en mi alma—como en una urna donde sólo se conservan memorias augustas—la impresión del espectáculo más grandioso que he contemplado en mi vida.

No era el acto celebrado el jueves en el templo de la Merced, el simple acontecimiento de dos seres que comparecen ante el ara sagrada para realizar, reiterando juramentos y renovando promesas, mutuamente otorgados al través de ese secreto idilio que fué tejiéndose en horas nunca muertas y en días jamás olvidables, para realizar, repito, el ideal supremo de unir sus destinos, y enlazar sus corazones, para así constituir, tras la bendición cristiana, el dulce y luminoso hogar levantado sobre los inquebrantables cimientos del amor.

Yo he visto más, mucho que todo eso en la sublime fiesta que mi pluma no acertaría jamás a describir con toda la minuciosidad de su esplendor y de su magnificencia. Es una de las angustias del cronista habituado a espigar entre el mundo de cosas pequeñas, el oleaje de frivolidades que invade a diario las cuartillas en que escribe: un natural sentimiento de inferioridad acomete la pluma y acaba por rendirla, cayendo abatida entre los dedos como una flor desmayada.

Los prestigiosos apellidos de los jóvenes desposados, sus relaciones en la sociedad habanera, en la sociedad distinguida y aristocrática en que la hechicera novia, la ideal Josefina, ha brillado como un sol de belleza, de bondad y de exquisitismo, comunicaban a la ceremonia un incentivo que yo me permito calificar de excepcional, porque conozco que así he dicho una verdad.

Cuando llegué al templo, mis ojos se deslumbraron. Inenarrable el aspecto de aquellas naves que otras veces me parecieron amplias, pero que aquel día, durante el nupcial acto, las juzgué en extremo insuficientes. Desde el atrio hasta el fondo del presbiterio, en que la sagrada imagen de Nuestra Señora de las Mercedes se destacaba entre nimbos de luces y entre ramos de flores, yo no ví más que algo así como un latgo y móvil oleaje de cabezas y no percibí otra cosa más que el apagado murmullo de las conversaciones, entremezclándose con las místicas notas del *Nazaret* de Gounod.



Caballeros: General Calleja, Gobernador Regional, marqués Du-Quesne, conde de la Mor-
tera, general Loño, Segundo García Tuñón, conde de Romero, Francisco de los Santos Guz-
mán, Juan José Ariosa, Francisco Romero, Fernando Dominici, marqués de la Real Campiña,
marqués de la Graciosa, Nicolás de Cárdenas, conde de la Reunión, Luis Murias, José María
Herrera, Pedro Pablo Echarte, marqués de O'Reilly, Teodoro Zaldo, conde de Sagunto, José
Jerez, José Cámara, Antonio del Valle, José Ramón de Haro, Francisco Carrillo, Joaquín
Güell, Lorenzo Ferrán, Ernesto Longa, José Bruzón, Eduardo Arcilla, Dr. Juan de Dios
García, Demetrio Pérez de la Riva, Ricardo Adam, Ernesto Font, Luis G. Corujedo, Edel-
berto Farres, Ramiro Mendoza, Miguel Jorin, Fernando Freyre, Ignacio Cervantes, barón
de Seldeneck, Vice Consul de los E. U., Ernesto Zaldo, Juan Goudie, Enrique Hamel, Anto-
nio Ceballos, Miguel Mendoza, García Cisneros, José María Lasa, Francisco Plá, marqués del
Real Socorro, Antonio Díaz Albertini, Romero Rubio, Mario Echarte, Juan Francisco O'Fa-
rill, Francisco Domínguez, Juan Göbel, Miguel y Pedro Arango, Pancho Montalvo, Felipe
Demestre, Carlos Maciá, Emilio Bolívar, Ramón Hernández, Alfredo Zulueta, Agustín Frey-
re, Ciosk, Oscar y Raul Ramírez, Mario Carrillo y Alfredo La Rosa.

La prensa representada por los señores Antonio Del Monte, Hernández Miyares, Conde Kos-
tia, Mario García Kohly, Javier Acevedo y Julián Ayala.

No espereis, al llegar aquí, la frase epitalámica. Cuando ha sido dable contemplar el es-
pectáculo de la felicidad, ese cuadro de dos seres unidos para siempre en la fraternidad de
sus aspiraciones, yo no pondría más comentario que las palabras de un gran poeta y que
tantas veces he escuchado de labios encantadores.

Yo, como el trovador de Ofelia, canto las venturas ajenas repitiendo eternamente:
"Dichosos los dichosos."

* * *

A mis manos llega, como un mensaje encantador, una preciosa tarjeta en forma de libro so-
bre cuya cubierta se enlazan, á manera de poética alegoría, ramos de menudas florecillas.

Leo y copio:

"La niña Adela de las Mercedes Micaela, nació el día 29 de septiembre de 1894.—Padres:
José Pujals y Rusell y Enriqueta Claret de Pujals.—Padrinos: José Bayo y Adela Durán de
Bayo.—Fue bautizada en la iglesia parroquial de la Asunción de Guanabacoa el día 14 de oc-
tubre de 1894."

Hasta aquí la tarjeta, el delicado *souvenir* de la regeneradora ceremonia cristiana.

Ahora cumplo mi deber de enviar mi saludo de enhorabuena al señor Pujals, el ilustrado ingeniero,
jefe estimadísimo de la Junta de Obras del Puerto, y á su distinguida esposa, haciendo votos
por la felicidad inacabable de la monísima niña que colma, con sus encantos y sus sonrisas, el
amante y respetable hogar.

* * *

Por la crónica elegante ha pasado esta semana la nota de un simpática ceremonia.

Me refiero al matrimonio de la Sra. María Teresa Marty y Carrillo—belleza, juventud y gracia—con el Sr. Juan Reyna, joven estimable por su laborio-
sidad y corrección.

Apadrinaron á la feliz pareja la Sra. doña Pet a Carrillo, viuda de Marty, y el Sr. Carlos Reyna.

Yo me redimo de describir el brillante acto efectuado el sábado en el templo de San Felipe para dar sitio á la descripción que ya una pluma galana trazó.
"La novia lucía aún más bella, ataviada con el rico traje nupcial; y terminada la ceremonia religiosa, y firmada el acta civil, se vió rodeada de sus famir-
liares é íntimos, que la felicitaron, deseándole una dicha sin fin, una luna de miel interminable, pues que merece la que ha sido amante y virtuosa hija, se-
esposa adorada y reina del hogar coquetón que hoy comparte con Reyna.

Numerosa y escogida concurrencia presenció la ceremonia. Recordamos á las señoras vi-
uda de Marty, de Facenda, de Bagner, de Hernández Miyares, Morales de Montalvo, Marcaida
de Cabrera, Embil de Cowley, Gálvez de Sarachaga, de Delmonte, de Reyna, Saavedra de
Sandoval, Miyares de Santocildes, Hernández de Sala, Parajón de Pérez Carrillo, de Montero
Sanchez, de Torralbas, de Quadreny, de Miró, de Prieto, de Veyra, de Escasena y de Posada.
Señoritas Marty, Cabrera, Montalvo, Santocildes, Araoz, Ecay, Castellanos, Villageliú, Me-
ricia del Monte, Posada, Prieto Anglés y los caballeros marqués de Esteban, Vicente Hernán-
dez, Dr. Montalvo, Sarachaga, Cowley, Cabrera, Marty (F. y S.) y otros muchos.

* * *

El acontecimiento del día, el tema en que tiene puesta toda su atención la sociedad distin-
tinguida de la Habana, es la gran fiesta anunciada para el lunes próximo en Tacón.

El programa es una reunión de atractivos. No era posible asociar elementos más á propó-
sitos para llevar á efecto el simpático pensamiento.

La *Sociedad de Escritores*—á beneficio de la cual se celebra la función—puede confiar en
la seguridad de un hermoso éxito.

* * *

Julio Fidel es el nombre de un nuevo cristiano, niño gracioso que es el contento y la ale-
gría de sus congradulados padres, mis amigos muy queridos los jóvenes esposos señora Fran-
cisca Marty y señor Enrique Hernández Miyares, el caro compañero redactor de *El País* y
director de *La Habana Elegante*.

El bautizo de Julio fué motivo para una fiesta animadísima en los elegantes pabellones que
ocupa en el campamento del Príncipe el pundonoroso y amable coronel del regimiento de Isa-
bel la Católica, señor don Fidel A. de Santocildes.

El señor Santocildes y su distinguida esposa la señora Dolores Miyares, apadrinaron á la
tierna criatura, por cuya felicidad hace votos fervientes mi pluma interpretando los deseos de
mi corazón.

* * *

Desde hace algunos meses se encuentra en la Habana el distinguido doctor en medicina de
la Universidad de Madrid y laureado de la facultad de París, Sr. D. Francisco de Borja Pas-
tor. Cuando arreglados los negocios que á Cuba le trajeron, se disponía á volverse á la Pe-
ninsula, varios amigos, conocedores de su valer, le rogaron permaneciera entre nosotros algún
tiempo más y el ilustrado facultativo ha accedido al justo ruego.

El Dr. Pastor tiene establecido su gabinete de consultas en la farmacia de la señorita Arro-
yo, manzana central de A. Gómez.

* * *

Con brillantez inusitada se efectuó el domingo último el concierto que mensualmente cele-
bran los aventajados discípulos de la *Academia de Canto* del afamado maestro Sr. Enrique
Jordá. La deliciosa fiesta principió á las dos de la tarde y concluyó á las cinco.

El selecto programa se cumplió en todas sus partes, á excepción de los números correspon-
dientes á la distinguida señorita Tejedor, que no pudo asistir á la *matinée*, por hallarse enfer-
ma. La señorita Santacana cantó hermosamente las arias de *Gioconda* y *Fausto*, y el vals
L'Estasi; el Sr. Veguillas hizo galas de sus progresos, en la canción *Mia sposa sarà la mia
bandiera* y en el aria de *Hernani*; la señorita Bazán, con su exquisita voz, afligirán la ro-
manza *Amor* y el aria de *Favorita*; el Sr. Gutiérrez nos hizo saborear un bellísimo trozo de
Mignon; y, por último, el Sr. Rivero, en su reaparición en estos conciertos, estuvo afortunado
en la pieza *Tramo a cor*. El profesor de piano Sr. Enrique Rodríguez, acompañó con su
maestría ejemplar á los jóvenes artistas.

* * *

Esta noche se efectuará baile en los salones del *Casino*.

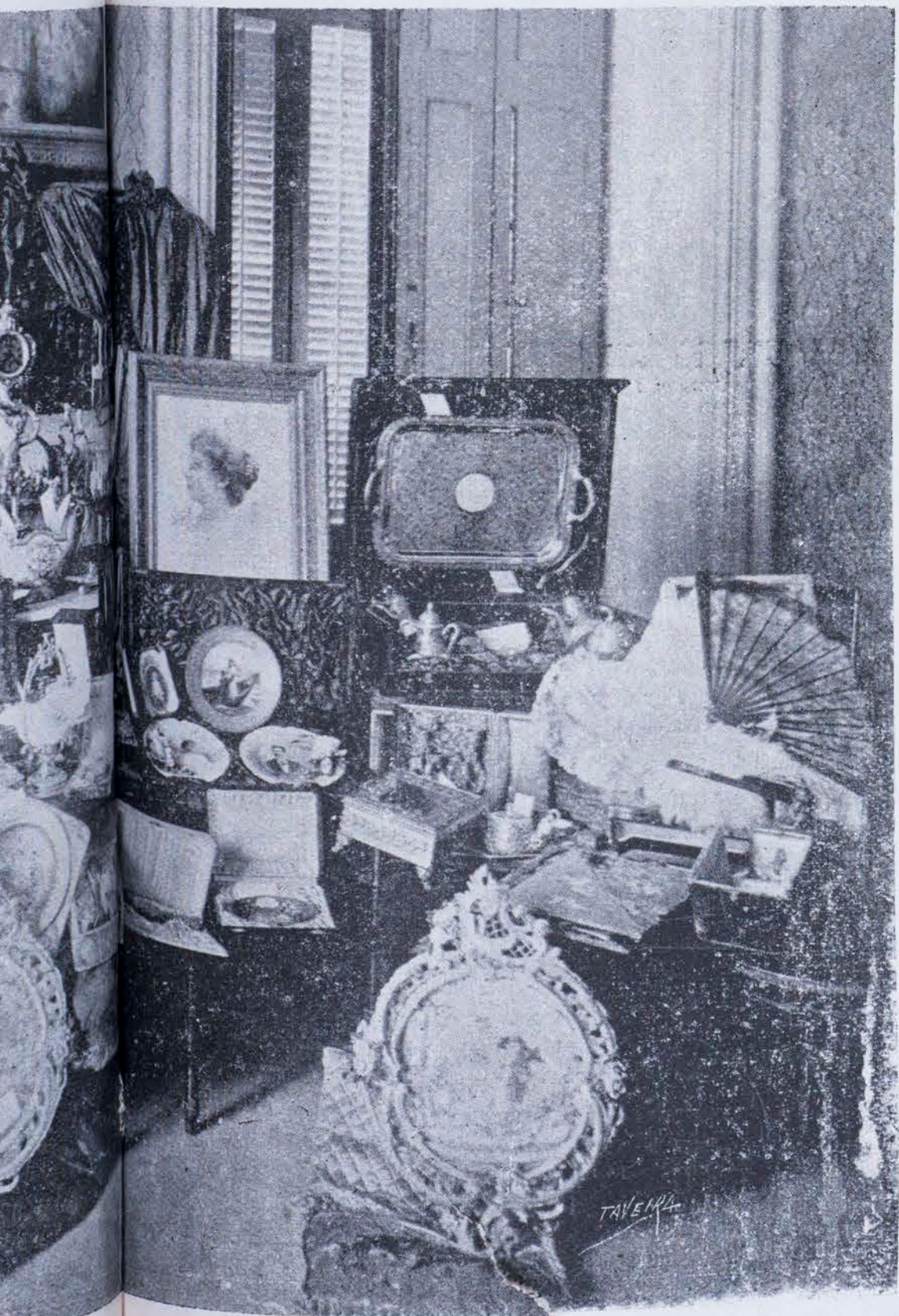
—La distinguida familia del Sr. Nicolás de Cárdenas ha regresado, en estos días de su tem-
porada veraniega.

—Se habla en nuestros círculos elegantes de una próxima recepción en casa de mi estimado
amigo el Sr. Jacinto Baldasano.

MEFISTOFELES

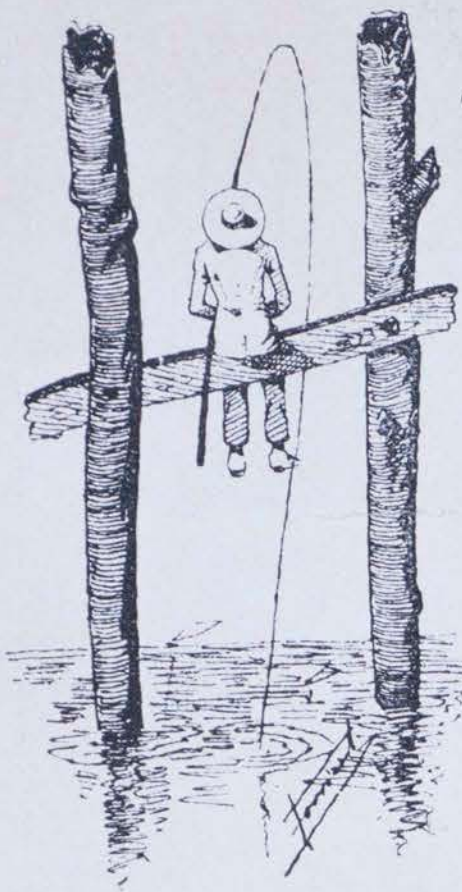


SR. CARLOS PULIDO Y FERRAN



El teatro en Londres

(Continuación del artículo anterior)



OY el mejor barba es Mr. John Hare, que reina en el Garrick Theatre. Con él trabajan mister Forbes Robertson, joven que promete, y los veteranos de las tablas Mr. y Mrs. Kendall, Ch. Wyndan y miss Mary Moore.

Esta mera nómina de los principales de la escena inglesa debe cerrar con los nombres de los quitapesares del público, actores, en su género, eminentísimos, cuando no incomparables, porque el gracioso del teatro inglés es especial: simpático, aunque su naturalidad raye en grosería; inofensivo en la ridiculez desmedida de la voz, del gesto y traje, que traspaasa á menudo los límites del sainete para entrar en el grotesco redondel de la payasería. Si el teatro—como quieren Mr. Grant Allen y otros filosofadores no menos prácticos—debe ser para divertirnos después de comer á todos los que trabajamos el día entero, y no debe emplearse para predicarnos, como hacen los diarios serios y el clero, ni para obligarnos á pensar como hacen los libros de texto y los negocios de la vida; entonces los mejores actores de Londres y del mundo son Messrs. Toole, Roberts, Penley y Wedo, Grosmith, porque ellos harían reír al mismo Felipe II, si resucitase.

Toole (Mr. J. H.) es el más formal, el más artista quizás, de los actores cómicos ingleses. Jamás le olvidarán quienes le hayan visto en "Ici on parle français", en "The Blunder", "The Don", "The Birthplace of Podger", en "Dot" haciendo de Calet Plummer y en "Walker, London". Mister Penley hace más de quinientas noches que sacude de risa á todo Londres, haciendo, vestido de mujer, la tía en "Charley's Aunt".

¿Cuántas penas pueden hacer olvidar durante dos ó tres horas esos histriones, bienvenidos en el mundo! Son cocaina y vino de champagne moral. Tornan las dispepsias en euepsias. Truecan al teatro en patio de recreo de un colegio lleno de chiquillas y chiquillos de 25, 40, 50 y 60 años.

DECADENCIA

Shakespeare consumió en su propia lámpara todo el aceite dramático que la naturaleza había concedido á la raza; ó quizás los puritanos estrellas on contra el suelo la lámpara de Shakespeare y pocas, muy pocas gotas pudieron recojerse del óleo precioso para cebar posteriores candilejos. Hay que creer algo por el estilo cuando se considera lo que hacen los autores dramáticos ingleses de este día.

Si no traducen—haciéndoles traición porque han de adaptarlos al gusto inglés—á la pléyade de dramaturgos franceses, ó á los alemanes, ó á Ibsen, el jeroglífico de la Noruega, zurcen escenas más ó menos efectistas, bonitas á veces, sobre la trama de alguna novela, prefiriendo las escritas por señoras, cuyos protagonistas son hombres escorzados, mujeres disformes é imperitinentes muchachitos de la aristocracia. O bien, confeccionan melodramas estupendos en que el traidor gasta dinamita y la dama se suicida arrojándose ante la locomotora del tren expreso que pasa por la escena. O componen parodias gordas de piezas finas como la "Carmen Upto Date," ó sainetones de varios actos, comparados á los cuales son dechados de tersura las obras del audaz madrileño Ramón de la Cruz.

A las parodias las llaman "burlesques" y á los sainetores, en que los cómicos cantan, bailan, hacen gimnástica y juglerías, les dicen *variety pieces*, *stravaganzas*, y nombres de esta laya, que bastan para sugerir la poca importancia de las nombradas.

Aquí se está demostrando de notable manera que Salamanca no puede prestar el *quid* dramático cuando natura se niega á darlo. Pozos de sabiduría son los críticos, y sus *essays* dramáticos abrillantan las páginas de las revistas y las columnas de los diarios. Los literatos que se dedican al género no paran. Nutridos cómo están de conocimientos y animados de buena voluntad, de escribir comedias y de pronunciar discursos didácticos: Mr. Sydney Grandy, Mr. Bernard Shaw, Mr. H. A. Jones han hablado en público en estos últimos días sobre el drama y la moral, el drama y la psicología, el drama y los problemas sociales, etc. Los mismos actores Irving, Beerbohn y otros no menos leídos y escritos, y más experimentados, también peroran y aun redactan en pro del arte. Pero el drama no parece.

¿Será que el público londonense no gusta del drama? Parece que le callumnan los que tal cosa dicen. Miss Ada Rehan repite la *Doceava Noche* de Shakespeare y ve siempre de bote en bote el nuevo y lindo teatro de Daly. Para las representaciones de la Eleonora Duse que vendrá el lunes, ya están tomadas todas las localidades durante varios días. El Lyceum, en donde hacen de Mefistófeles y Margarita Mr. Irving y miss Terry, también está colmado todas las noches. Del éxito de *The Second Mr. Tanqueray*, de Arthur Pinero, no puede quejarse Mr. Alexander. Podría observarse, además, que el público patrocinador del drama en París, Berlin y Viena no es más numeroso que el de aquí. No es, pues, que falten aficionados, sino dramaturgos. Aquí el dilema de Larra está bien despejado.

Veremos, si no, lo que se está poniendo esta misma noche en los escenarios londonenses.

En el Lyceum, *Faust*, pero ni el del inglés Marlowe, como pudiera creerse, sino un arreglo vistoso meramente del de Goethe. En Daly, *The Twelfth Night*, por una compañía americana. Difícil es concebir que se pudiera montar en escena con mejor gusto ni representar con mayor habilidad la más bella de las comedias fantásticas que se han escrito. En el Royalty, *The Wild Duck*, arreglo abreviado; hecho por miss Archer (socia del Independent Theatre) del simbólico y absolutamente incomprensible *Pato Silvestre* de Ibsen. En Haymarket, *The Bunch of Violets*, arreglo hecho por Mr. Sydney Grandy del *Montjoye*, de Feuillet. En el Criterion, *An Aristocratic Alliance*, estropeadura perpetrada por lady Violet Greville sobre la obra de Augier, "Le Gendre de M. Poirier." En Garrick, *Mrs. Lessingham*, original de una autora que se firma George Fleming. Es su primera obra dramática. Podría compararse á una estructura endeble de fuertes trozos. El desenlace peca de sentimental, porque es incomprensible, sino absurda, la abnegación de una joven y amada novia que cede su muy amado prometido á una vieja querida adulterina de mal genio, de quien él ha estado separado

durante cinco años. El novio, un abogado, parece consentir en casarse con la jamona... Pero ya es sabido que son bobos todos los hombres descritos en las obras de ficción de las escritoras inglesas. En *The Comedy, Frou-Frou*, traducción de la patética obra de Meilhac y Halévy, Miss Winifred Emery se atreve á *hombrecarse* con la "Grande Sarah."

¡Apena ver tanto lujo escénico, tanta preparación de actores, tanta asiduidad de literatos talentosos, como factores de productos tan medianos!... En el teatro St. James se está poniendo *The masqueraders*, comedia original de Mr. Henry A. Jones. *The masqueraders* parte del principio de que "todos somos máscaras, todo el año es carnaval." Abundan las situaciones originales; pero ¿qué falsas! La decoración del primer acto, representa el patio de una antigua posada rural inglesa. Se está celebrando en ella un *hunt ball*, baile de cazadores, y allí se ven reunidos toda la *gentry* de los alrededores, con botas y casacas coloradas, y las señoras y señoritas ricas de todo el condado. En la cantina despacha bebidas á los caballeros Dulcie Larondie (Mrs. Patrick Campbell), muchacha educada, ambiciosa y de buena familia, que quedó sin un penique á la muerte de su padre. Ella coquetea y sir Brice Skene, jugador y bebedor, la corteja muy de cerca. Pero allí también se halla para protegerla—el único de levita negra—David Remon (Mr. Alexander), joven astrónomo que cree en la pluralidad de los mundos habitados, y filósofo por añadidura... es el que dice que todos somos máscaras. Aunque es pobre, está enamorado de Dulcie.

Propónese entre los cazadores una subscripción en favor de la viuda é hijos de un montero que se desnucó saltando una cerca. Ocurríesele á uno rematar un beso del Dulcie para aumentar la subscripción. Esto es una cosa poco *respectable*, pero las damas del condado la miran sonriendo, y los caballeros puján. Remon ofrece toda su fortuna, dos mil libras; pero sir Brice ofrece tres mil y le adjudican el chasquido labial de la cantinera. Sir Brice en vez de cobrarlo, le propone matrimonio á Dulcie, que acepta, y se casan.

Remon hereda una gran fortuna, confía su libro de cheques á lady Skene y el marido jugador, naturalmente, se aprovecha. Después de varios incidentes y de mucho diálogo conceptual, sir Brice Skene propone á Remon jugar su mujer é hijo á un albur, contra los préstamos que ha recibido. Delante de lady Skene juegan la partida y Remon gana la señora, que se va con él al observatorio astronómico; pero atacada de súbito del sentimiento del deber no se queda con Remon, aunque ella bien quisiera, sino que vuelve á unirse al noble sin vergüenza, padre de su hijo. Es comedia, en verdad, montada al aire.

Pero la espuma de la sal dramática bulle en una comedia calificada de romántica (!) que se acaba de estrenar el sábado en el Avenue Theatre. Llámase, para ser insolente hasta en el título, *Arms and the Man*. En esta *arma virumque* de las tablas londonenses no sale la razón del argumento. Salen personajes cínicos, de palabra y de obra, que se mueven por entre peripecias sin pizca de pertinencia, sin asomo de verosimilitud. Parece como se quiere satirizar al militarismo—dícenme que Mr. Bernard Shaw, el autor, es socialista—pero el hecho es que se ponen de oro y azul á los militares búlgaros, presentándolos como fanfarrones, cobardes, ignorantes, hipócritas y desaseados.

Blunschli, suizo, hijo de un fondista, oficial mercenario del ejército serbio, perseguido en la noche de la batalla de Slivnitsa, se refugia en la alcoba de Raina, que es hija de Pethoff y novia de Sergio, oficiales búlgaros. La joven protege al fugitivo. Raina y Sergio se expresan siempre declamatoriamente sobre la lealtad, el amor, el patriotismo. El suizo declara que prefiere las pastillas de chocolate y crema y, burlándose de Sergio y Raina, les hace confesar que no sienten lo que dicen. El mayor Pethoff riñe á su mujer por que se lava el cuello á menudo. Raina se enamora del mercenario sarcástico y Sergio se casa con Louka la criada, quitándose a Nikolá el mucamo.

Un diario de la tarde sostiene que *Arms and the Man* es un sabrosísimo fruto agrídulo del refinado excepticismo moderno ó cosa parecida; y que la comedia romántica (!) tomará por asalto todos los escenarios del mundo...

MELODRAMAS

Ahora se está representando en Drury Lane! un necio melodrama, *Genleman Jack*, importado de los Estados Unidos. Su principal actor es Corbett, el mismísimo campeón de los pesados puños que abolló la cabeza de su rival Mitchell en el reciente y famoso encuentro de la Florida. Corbett es un gallardo mozo, y las gentes acuden á verle hacer ejercicios prácticos con la pelota colgante y combatir en una escena de boxeo realísticamente ejecutada.

En el Adelphi se está representando *The Cotton King*, donde aparece un telar de algodón exactamente igual á los verdaderos de Manchester, y hay en él una catástrofe por la rotura del ascensor hidráulico de la fábrica, que no sé si es accidental ó producida intencionadamente por el traidor de la pieza.

The Princess, en Oxford Street en donde se estaba dando el aparatoso dramón *The Word*, está cerrado ahora.

FINAL ALEGRE

Va se han citado *The Bets Man*, *Charley's Aunt* y *The New Boy* que se representan en Voole's Theatre, The Globe y The Vaudeville. Merecida es la fortuna que han tenido estas divertidísimas comedias, farsas ó sainetes; llámense como se quiera. En su especie son obras perfectas: fueron concebidas para hacer reír, y el público no cesa de reír, desde que se alza hasta que se baja el telón, y aun sale sonriendo á la calle. Son piezas para los actores que las desempeñan, únicamente. *The New Boy* no puede ser representado sino por Mr. Weedon Grossmith, que realmente tiene cara y figura de niño. Suponga el lector lo que podrá pasarle á un hombre casado, obligado, por ciertas circunstancias, á entrar de colegial en el instituto privado de enseñanza donde su mujer se encuentra de ama de llaves: las maldades que le harán los condiscipulos, los sustos que él y su señora pasarán, la ojeriza que le tomarán los maestros por los rasgos que "el muchacho nuevo" tiene, impropios de su edad, hasta que todo al fin se descubre cuando va á sufrir la humillación de que le azoten por haber enviado á la criada á buscar whiskey al "pub" de la esquina.

GABRIEL ZÉNDEGUI.



Catskill * Mountain



Hace pocas semanas publicó nuestro estimado colega *La Habana Elegante* y lo reprodujo *El País*, un artículo descriptivo de las montañas de Catskill y del suntuoso hotel Kaaterskill, suscrito por Raimundo Cabrera.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores representa la estación del Elevador Otis, al pie de la vía férrea estrecha que serpea en una longitud de diez y seis millas, desde el río Hudson, hasta Paleville, por las faldas de los Catskill.

Se ve en el dibujo una pequeña parte del Valle, la garganta de Kaaterskill formada por dos elevados montes; la línea recta que marca sobre la ladera de Mountain House el prodigioso plano inclinado por donde se deslizan los wagones del Elevador Otis y sobre el más alto pico asoma la silueta del espléndido hotel Kaaterskill, donde la audacia y el espíritu de empresa yankee han reunido cuanto puede necesitar para su gusto y confort el más culto, refinado y exigente turista.

AJEDREZ

Sección dirigida

POR

ANDRES CLEMENTE VAZQUEZ

TRES PARTIDAS DE DESCHAPELLES

A NICOLÁS DOMÍNGUEZ COWAN

(De México).

Se acuerda Vd., mi querido Domínguez, del precioso artículo que Vd. publicó en *La Crónica de Ajedrez*, de México, el 15 de septiembre de 1878, denominado *Dos partidas de Deschappelles*. Aquellas partidas fueron jugadas entre el gran profesor francés y el ilustre Mr. Cochrane. Vd., descansando en el parecer respetabilísimo de M. Arnous de Rivière, afirmó que dichas dos partidas ERAN LAS ÚNICAS QUE SE CONSERVARAN del celebrado maestro de La-Bourdonnais.

Eso aseguré yo mismo en mi trabajo *Deschappelles y su biznieto*, que di á luz, en abril de este año, en *La Ilustración de Cuba* y en el *Diario de la Marina*, porque además de la opinión de Arnous de Rivière (el valiente antagonista de Pablo Morphy), tenía en abono de la indicada afirmación, la palabra irrecusable de M. de Saint Amand, el entusiasta director de *Le Palamède*, de París y autor del más acabado artículo necrológico acerca del portentoso hijo de la *Ville d'Avray*.

Es cierto que antiguamente no se acostumbraba, como ahora, copiar, publicar y conservar todas las partidas de ajedrez que se jugaban entre los maestros, pero ¿cómo es posible creer que ni Saint Amand, en 1847, ni Arnous de Rivière, en 1862, hubiesen dejado de tener noticia de otras tres partidas de su compatriota Deschappelles, que se jugaron en París en 1821, y que fueron reproducidas en el *Apéndice* de la famosa y rara obra de Mr. Walker (London, 1836), intitulada: "*A selection of games at chess, actually played in London, by the late Alexander M' Donnell, esq.*"

Como me consta que Vd. es de las pocas personas que como yo, poseen tan escaso, buscado y meritorio libro, le invito á recorrer el mencionado *Apéndice*, para que se persuada completamente de lo que le digo. Mientras tanto, oportuno es decir que habiendo muerto Deschappelles, en 1847, sin haber negado la autenticidad de los juegos que Mr. Walker le atribuyó, desde 1836, no pueden ser recusados en manera alguna.

Sumando, pues, las dos partidas con Mr. Cochrane y las tres con Mr. Lewis, á que se refiere el panegirista de Mac-Donnell, tenemos que son ya CINCO las partidas de Deschappelles que podrán estudiar y admirar los aficionados ajedrecistas.

Y como no sería justo que en Cuba y México fuésemos Vd. y yo los únicos en conocerlas, voy á publicarlas en EL FIGARO de la Habana. Hágalo usted también, si le pareciere conveniente, en las simpáticas páginas de *El Arte de Filidor*, que redacta concienzudamente el aventajado maestro, Sr. Márquez Sterling, en esa capital.

Sabe Vd. que le tiene siempre muy presente, en lo más íntimo de su cariño,

A. C. VÁZQUEZ.

PARTIDA I

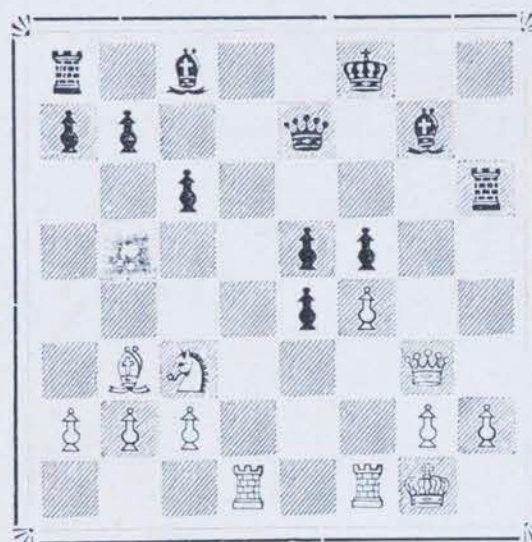
Quítese del tablero el peón del alfil del rey de las negras

BLANCAS	NEGRAS	BLANCAS	NEGRAS
(Mr. Lewis)	(Deschappelles)	(Mr. Lewis)	(Deschappelles)
1—P4 R	1—C D3 A	10—C x C	10—P x C
2—P4 D	2—P4 R	11—D x P C †	11—R1 A
3—P5 D	3—C D2 R	12—A4 A	12—D2 R
4—A5 C R	4—C R3 A	13—O O	13—T R3 T
5—A x C	5—P x A	14—D3 C	14—P3 A D
6—D5 T †	6—C3 C	15—C3 A	15—P3 D
7—C R3 A	7—D2 R	16—T D1 D	16—P4 A R
8—P6 D (1)	8—D x P	17—P4 A	17—P4 D
9—C R4 T	9—A2 C (2)	18—A3 C	18—P D x P R

Posición al verificar las blancas la jugada 19

NEGRAS

(DESCHAPELLES)



BLANCAS

(MR. LEWIS)

19—C x P!!	19—P x C	24—D8 C!!	24—A1 R
20—P x P †	20—R1 R	25—D5 C †	25—R2 A
21—A7 A †	21—D x A	26—T1 A R †	26—R1 R
22—T x D	22—R x T	27—D8 C!!	Se rindió. (3)
23—D3 C D †	23—R2 R		

NOTAS POR A. C. VAZQUEZ

(1) Excelente movimiento, ideado por Salvio, con el fin de impedir que las negras puedan avanzar el peón de su dama, para darle salida al alfil de su propia dama.

(2) Forzado, porque si: 9—D5 C †—10—C2 D, y las negras perderían rápidamente.

(3) La manera brillante y magistral con que se batió en este juego el campeón inglés Mr. Lewis, demuestra que el célebre campeón francés Mr. Deschappelles no podía darle la inmensa ventaja (entre profesores) de *peón y salida*. El pequeño *match* de tres juegos lo perdió el representante del club de París, y sin embargo, varios años más tarde, él ofreció á Mr. Lewis darle *peón y dos salidas*, en una serie de 21 juegos, con la apuesta de 500 libras esterlinas. Por fortuna para Deschappelles, el osado combate no llegó á verificarse. Con razón se olvidaron de Mr. Lewis, en sus luchas con el precursor de La-Bourdonnais, primero Saint Amand y más tarde Arnous de Rivière. A los tratadistas franceses no podía agradarles el triunfo del profesor inglés, sobre el más renombrado de sus ajedrecistas en aquellos tiempos.

RIMAS

Pulsé ansioso las cuerdas de la lira,
y de su débil vibración al eco,
sentí batir del alma en lo más hondo
las alas de un recuerdo.

Asaltaron mi mente en un instante
en confuso tropel, desatinadas,
ilusiones marchitas por el soplo
traidor de la inconstancia.

Como raudos brillantes meteoros
que iluminan un punto el firmamento,
reminiscencias tristes y angustiosas
surcaron mi cerebro.

Y al sentir revolotar en torno mío
fiero enjambre de amargas remembranzas,
las cuerdas del laúd enmudecieron
para absorber mis lágrimas.

Octubre del 94.

A. MURES.



Cuentos * para * "El * Figaro."

TRADUCIDOS POR EL CONDE KOSTIA

* El * baile * campestre *



ACE ya mucho tiempo que Edmond Rollin es un pintor *fuera de concurso*. Su manera recuerda la de Heilbuth. Sobresale, igualmente, en representar paisajes y personajes. Su vida, en verano, es la de un nómada, de un bohemio sin coche verde, de un peregrino que persigue lo bello y lo alcanza sin fatiga. Rico, tiene todos los goces de la independencia. Su vieja madre comparte sus gustos y le acompaña en sus excursiones por los alrededores de París. Viéndolos pasar—ella con su corona de cabellos blancos; él con su barba gris—se les toma á menudo por marido y mujer. Para consagrarse á esa adorable vieja el gran artista rehúsa todos los *ángeles* (provistos de una gran dote y tocando convenientemente el piano) que las madres le proponen, cada invierno.

Pero Rollin no contaba con el amor...

Aquel año los Rollin se hallaban en Forges (en Seina et Oise) y mientras que su madre dormía aún, por la mañana, el hijo se iba á correr entre el rocío, buscando algún lindero de bosque, alguna alameda fugitiva de un viejo jardín á la francesa. Se había instalado en una pradera, á la sombra de una cortina de álamos, con todo su atalaje de pintor, cuando alzando los ojos vió una linda joven que marchaba, con un cesto de yerbas sobre la cabeza, grave, tranquila, sin ver el temblor de los árboles y el estremecimiento de las flores. No era solo bella; parecía la Belleza misma descendida á la tierra. Tenía 20 años y la plena madurez de una Ceres: la salud, el frescor que dan la vida de los campos.

El pintor se acercó á ella, preguntándole si le agradaría poseer un retrato de ella.

La joven le miró con aire altivo y replicó:

—¿Yo? no. Pero á mi padre le agradaría mucho tenerlo. Y además, señor, puede pagarlo...

Edmond Rollin sonrió. Su último retrato de mujer mundana le había producido veinticinco mil *francos*. Preguntó dónde vivía la linda joven y supo que su padre era arrendatario, no lejos de los bosques de Fuléuse.

El padre de Margarita se mostró muy atento con Edmond, más tolerante que ciertos burgueses que desprecian á los pintores. Pasaban tantos por aquel país, que pensaban que no sufrirían aquellos pintores las injurias de la lluvia y el sol en los campos, sino para recoger cosechas de oro, como los aldeanos. Aceptó la oferta del pintor y las sesiones comenzaron.

Todos los días admiraba más y más Edmond su modelo. Margarita era para él la más bella de las criaturas, como la Venus de Milo es la más admirable de las estatuas. Era la misma mezcla de fuerza y de gracia, sólo que la estatua esta vivía, andaba y respiraba y sus gestos eran los de una diosa.

¿No es en un cuento de Edgard Poë, donde una joven pierde poco á poco los colores de la vida, á medida que su retrato los toma? Ella muere el día en que su retrato se acabe de hacer, como si el pintor no hubiese hecho más que volver á la tela su cuerpo y su alma! Hubo, esta vez, un fenómeno distinto: Edmond Rollin palidecía á medida que su obra adelantaba y debió interrumpirla para acostarse, muy enfermo.

Mme. Rollin, inquieta, mandó buscar al joven médico que cuida á los temporadistas de los barrios de Forges. Era un sabio muy suspicaz. Después de haber examinado con gran cuidado al hombre célebre que la casualidad le ponía entre las manos, dijo á la madre alarmada:

—Va derecho á una fiebre cerebral; pero las causas de su enfermedad son morales. Una gran pena, una pasión contrariada. Quizá es Vd., señora, la encargada de salvarle.

Se fué el médico. Mme. Rollin interrogó á su hijo.

¿Qué inquisidor tan dulce es una madre y cómo sabe arrancarnos, sin que suframos, nuestros secretos!

Edmond confesó que estaba enamorado de Margarita y que no se atrevía á unir su barba gris á aquellos cabellos de oro.

Se hallaba ridículo, odioso... Y cuanto más se decía eso, más la amaba.

Su madre estaba, visiblemente, contrariada. Su castillo en el aire se desplomaba en el patio de una granja. Adiós los sueños ambiciosos! Había que salvar al enfermo y resignarse á pedir la mano de Margarita.

Los ojos del padre chispearon de alegría al oír aquella proposición. Porque, después de todo, su hija no era pobre. Tendría, al morir él, sesenta mil *francos*. Pero en aquel momento no quería él desprenderse más que del *trousseau*: 20 pares de sábanas, doce docenas de servilletas y un mobiliario de nogal, cuya enumeración hizo reír mucho á la vieja señora.

—Mi padre ha debido parecerle á Vd. algo interesado, señora—dijo Margarita á su futura suegra, cuando se hablaron á solas.—Para probarle á Vd. que no comparto sus sentimientos, le confesaré una cosa: Yo amaba, sin habérselo nunca dicho, á Juan Luis, mi vecino, hijo de arrendatario también. Reflexione Vd. y decida. Si yo llego á ser la esposa de su hijo, esté Vd. segura, por lo menos, de mi fidelidad y sumisión á mi marido.

La pobre mujer voló á su casa, muy conmovida. El gran niño que se llamaba Edmond Rollin, había tenido, durante la ausencia de ella, un movimiento de fiebre más acelerado. Se abrazaron, llorando; ella, de pena, y él, de agradecimiento.

—Y bien—le dijo ella, á través de sus sollozos—es una buena muchacha que nos trae sus zuecos, mientras que tú sacrificas por ella el Instituto... en donde, después de esto, no entrarás nunca!

Pasaron cinco años.

No sólo Margarita era adorada de su esposo y de su suegra, sino de dos bellos ángeles que podrían servir de modelos de Amores en los cuadros de su padre, como su madre ha servido de modelo para una diosa. Y realmente, su nobleza nativa le predestinaba á la alta situación que ocupa hoy.

Ella iba á menudo á ver á su padre á la granja, sin quedarse en ella, cuando una indisposición de aquel viejo la hizo quedarse allí algunos días.

Era la época de la feria en Forges. Allí se celebraban las diversiones de siempre: tiendas iluminadas, verdaderas apoteosis de alajú ó porcelanas de flores; barracas de saltimbanquis, animales sabios; una poca música y una tropa de perros; además, una mujer gigante y una echadora de cartas; caballos de madera—el concurso hípico de los niños, menos accidentes desgraciados—y por último un baile campestre, garantido exteriormente por una tela gris, ornada en su interior de andrinópolis rojo, cuya púrpura vulgar se casaba á guirnalda de follages verdes.

—Debes ir á ese baile, Margarita—le dijo su padre—si no vas, dirán que eres muy orgullosa.

—Si voy, puede disgustarse mi marido.

—Bah! es un hombre de *sprit*! Al revés; le parecerá mal que parezcas despreciar á tus compañeros. Además, una madre de familia, acompañada de sus hijos, se hace respetar por todas partes.

Margarita obedeció la orden de su padre: se puso su traje más sencillos y se fué al baile, llevando de la mano á sus dos bebés.

En aquel momento, la orquesta armaba un ruido espantoso, como si quisiera dominar el organillo acatarrado de los *ho-vivos*; bailábase una *cuadrilla* en dos filas; los hombres vestían de *frac* ó levita; las jóvenes, con frescos trajes de muselina blanca, adornados de cintas azules, que las hacían semejantes á discípulas del Conservatorio un día de concurso.

Terminada la cuadrilla, Margarita se acercó á sus antiguas compañeras de escuela. Cuántos besos y apretones de manos cambiaron! Y los sentimientos de envidia se apaciguaron como por encanto, vencidos por la cordialidad y la sencillez de la joven casada.

—Queridos niños—dijo á sus hijos, designándoles á Juan Luis, que había palidecido viéndola entrar—id á buscar á aquel señor y decidle que tengo que hablarle.



Ambos corrieron, el menor llevando á su hermano cojido por la blusa; y como el de más edad sabía hablar un lenguaje académico, se aproximó al joven y le dijo:

—¡Caballero!... mamá quiere hablarte!...

Pero Juan Luis replicó con tono amargo, en donde se adivinaba algún rencor:

—Es mucho honor el que ella me hace! Pregúntale si quiere bailar conmigo el vals que van á tocar. ...

Los pequeños embajadores volvieron corriendo á donde estaba su madre: el parlanchín iba delante; el mudo siempre detrás. Después volvieron á donde estaba Juan Luis.

—Ha dicho que sí; que con mucho gusto!

Un relámpago de alegría brilló en los ojos de Juan Luis. Bailó con Margarita sin detenerse un momento, sin decir nada; pero si no tenía voz, las lágrimas corrían por sus mejillas oscuras. Hacía algún tiempo que su sufrimiento amoroso se había

apaciguado, sabía que aquella mujer, amada por él en otros días, no se había dejado tentar por el cebo de una fortuna, sino por el atractivo de un deber que cumplir. ¿No se había tratado de salvar una vida amenazada de muerte? Ella no había renegado ni su origen ni los suyos. Y lo que Juan Luis sentía en aquel momento, era una gran amistad, un gran agradecimiento hacia aquella mujer.

—Déjame abrazar á sus hijos!...—dijo en voz baja, llevándola al sitio en que antes ella estaba.

Ella misma los arrojó en los brazos de él. Juan Luis los abrazó tan estrechamente que estuvo á punto de ahogarlos. El pequeño parlanchín se quedó un instante sin poder respirar, y él, silencioso, murmuró:

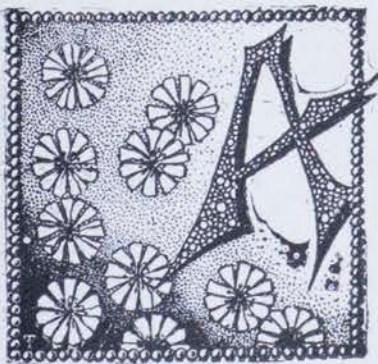
—Ay!

PHILIPPE GUFANT.

Actrices norteamericanas



DELLA FOX



NOCHE ví en el *Casino* á esta linda artista norteamericana, en la opereta: *THE LITTLE TROOPER*.

Diré, francamente, mi opinión: es digna de la fama de que disfruta y de la popularidad que goza. No tiene que apelar á exageraciones de mal gusto ni que exhibir, venga ó no á cuentas, sus formas, para imponerse: triunfa por su propio mérito, domina por su

gracia fina, francesa, delicada. Tanto cuando viste, con elegan-

cia irreprochable, el traje de hombre, como cuando se atavía con las vestimentas femeninas, luce su cuerpo airoso, bien formado, y hace derroches de *sprit* y de talento.

Es, en suma, una refinada del arte.

* *

Después de haber pasado tres mortales meses, viendo excéntricos, si notables algunos en su género, insoportables en su monótona continuidad: después de tener enfermos los oídos á fuerza de escuchar el clásico y tradicional *zapateado minstrells* y cansado el ánimo de soportar las brutales y vulgarísimas escenas de *bofetadas* y *boveos*, figúrense ustedes lo que gozaría viendo anoche, en la linda y elegante escena del morisco *Casino*, algo del arte fino, de *eso* que eleva el corazón, que aparta el espíritu de la insípida y siempre triste realidad de la vida. Y anoche ví *eso*.

* *

Y no se me objete que el arte cómico francés—porque anoche estaba en un *Paris*, que hablaba... inglés—no es verdadero arte. No creo tal cosa. El arte conmueve lo mismo con sus grandes y tremendos problemas, que cuando presenta, adornado con todos los refinamientos, el lado cómico de la vida. Todo consiste en matizarlo; lo mismo da que sean matices lúgubres y negros, que matices blancos y rientes. ¿Pues qué? provocar la risa franca y espontánea, alegrar, con alegría sincera, el corazón, ¿no es mérito real, verdadero, positivo?

Sí: yo le debo mucha alegría á *Della Fox*; y por ende, tengo que estarle muy agradecido.

* *

En la picaresca canción que con voz afinada y agradable entona en el primer acto; en los *couplets* del segundo, donde vestida de *húsar*, traje que lleva airoosamente, simula, con maestría y gracia inimitables, las distintas evoluciones de una carga de caballería, y en el acto tercero, al cantar una delicada romanza, haciendo, bellamente, el tipo de una linda *soubrette*, fué la triunfadora indiscutible que arrastró todas las simpatías y llevó tras sí, como obligado cortejo, el aplauso estruendoso del entusiasmado auditorio.

Después, al final de la obra, se presenta vistiendo, ya en carácter, su albo y riquísimo traje que realzaba su delicada belleza, y luciendo, al mismo tiempo, espléndidas joyas de valor inestimable.

Antes, había triunfado la artista de gracia; ahora, en ese final, los sufragios fueron para la belleza y la elegancia de la mujer.

En esa misma escena del *Casino* me cegó con los resplandores de su hermosura, la escultural *Lillian Russell*; pues bien, su deslumbrante recuerdo no amortiguó el efecto que en mí causara anoche la gentil *Della Fox*.

Lillian es más bella; pero no es más graciosa.

Stbre, 1894.

FRANCISCO CHACON.

LO QUE SOY

Preciosísima sultana,
Me has preguntado quién soy
Qué quiero y á dónde voy,
Y te vengo á contestar:
Soy débil rumor del eco
En los espacios perdido:
Un átomo, desprendido
De otros mundos al azar.

Soy víctima de mi siglo
Y vivo y lloro cantando.
Porque tan sólo llorando
Puedo en el mundo vivir.
Soy poeta, pienso y siento
Con la sonrisa en los labios
Y desprecio los agravios
De los necios, sin sufrir.

Soy, en fin, un extranjero
En la patria en que he nacido:
Yo soy un ave sin nido,
Que no cesa de volar.
Y suspiro entre las flores
De mi jardín, solitario,
Mientras asciendo al calvario
Sin dicha, patria, ni hogar.

Ya sabes, bella sultana,
Lo que quiero, y lo que soy,
Como ignoro dónde voy,
No te puedo contestar.
Como he vivido, prosigo
Errante por mi camino,
Entregado á mi destino,
Sin fuerzas para llorar.

EL DUQUE DE FLIX.

Gacetines



Calista, guapa corista,
mujer de hermoso palmito,
tiene *ese* amante callista...
Y siempre está la Calista
tirando del cordelito.

* *

Según una teoría
que ahora mismo estoy leyendo,
un ciclón no es otra cosa
que un buñuelo.
Se forma arriba un anillo,
abre al centro un agujero,
comienza á dar muchas vueltas,
y muy luego,
baja al sitio que prefiere
y aprieta, allí, contra el suelo...
Es la exacta teoría
de la sartén y el buñuelo.

Al pié del almenado
castillo que domina
sobre la enhiesta roca
donde el águila anida:
allá donde las nubes
se juntan y se apiñan...
(ya hemos subido mucho,
hay que bajar de prisa).
Ailí brota entre peñas
corriente cristalina,
que baja luego al valle,
recorre la campiña,
se arroja por obscura
é impenetrable sima...
(mas no bajemos tanto,
vamos de Vuelta-Arriba).
Junto á la obscura cueva
dó se rompió la crisma,
un cierto don Serapio

Candel de la Fuencisla,
en tiempos de los *hunnos*,
según nuestras noticias,
batiéndose á lanzazos
por una tontería...
Allí, junto á la tumba
del bravo que se cita,
una piadosa mano
plantó un laurel de India,
y allí, los tocororos,
huyuyos, becacinas,
torcaces y totíes,
en dulce compañía
se pasan lindamente
la regalada vida.
Allí, pues, hace poco
se estableció un dentista.
El sitio es apropiado
y la ocasión magnífica

para arrancarle un diente
á don Manuel García.
En tres meses y medio
no vió un alma *cristina*,
—quiero decir cristiana—
por tales cercanías.
Pero llegó una tarde
á eso del medio día
un inspector del Timbre
y reventó al artista:
le sacó quince muelas
de abajo, seis de encima
y lo dejó sin dientes
por ser primer visita.
Ejemplo al insensato
que necio el mundo quita
y huyendo él de los hombres
el *fisco* lo investiga.

Estarán ustedes muy tranquilos desde
que ha escampado y la huelga de los va-
queros se ha resuelto.

Estos son dos acontecimientos trascen-
dentes, que pasarán á la historia.

Los vaqueros hubieran de notar que
el agua cesaba y dijeron:

—Ya escampa! Vale más que salga-
mos.

Es un gremio muy consecuente con la
recolección diaria, para que se atreva á
renunciar á ella.

Y luego que la enemiga de los vaque-
ros anda loca por la calle:

La botija.

* *

Entre otras cosas que se es-
peran figura una arribazón de
pargos.

Y otra de tiburones.

Pero, ¿en qué quedamos?
¿hay ó no crisis ministerial?

Lo decimos por lo de la
arribazón, porque los tiburones
ya los teníamos.

Y no pocos.

* *

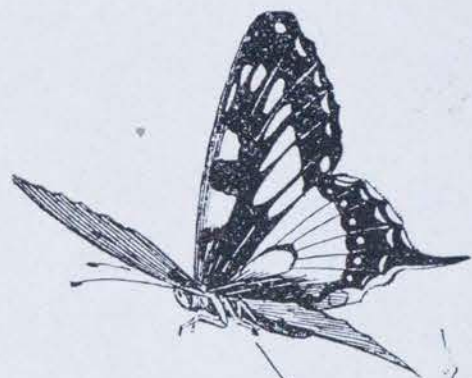
En Sevilla hubo un alcalde tan rígido, llamado Santamaría,
que era el terror de las gentes. Cierta vez, yendo de ronda,
tropezó con un borracho que dormía en la acera.

—¿Quién vá?—preguntó el mascavidrio.

—¡Santamaría!—gritó el alcalde.

Y el borracho, volviéndose para el otro lado:

—Pues *ora pro nobis*.



Desde niña, Rita Pote
tuvo la manía fea
de estar siempre en la azotea,
empinando un papalote.

De joven, ya es otra cosa:
tiene la nueva manía
de pasarse todo el día
demandando una mariposa.

Y no sabe la muchacha
que hay mariposa cerrera,
tan indómita y tan fiera,
que resulta *cucaracha*.



MONTE-CARLO.

La Acacia

GRAN JOYERIA

SAN RAFAEL, 12

Esta casa es la predilecta de la sociedad elegante de la Habana.

El Sr. D. Manuel Cores, socio viajero de *La Acacia*, visita constantemente los principales centros de la moda europea para enviarnos lo más original y lo más fino.

San Rafael 12



La Acacia

Artículos de fantasía

SAN RAFAEL, 12

Figuras de bronce, estatuillas de terracota, calamina, lámparas Victoria para gabinetes, juegos de café de plata, jarrones de China, vasos indios.

Recibimos por todos los correos grandes novedades de Alemania, Francia, Austria y Suiza.

Habana